

LA DEVALUACIÓN DE LO INDÍGENA

Si los bolivianos queremos revertir los efectos de la derrota cultural de 1532 debemos reconocer que la historia no da marcha atrás y que el único camino que tenemos abierto es el que conduce a un futuro de integración, y no de exclusión, de universalización y no de la banalización de nuestros valores culturales

Un día como ayer de hace 470 años, el 16 de noviembre de 1532, se escribió la primera página de una historia que todavía está escribiéndose, día tras día, en nuestro país. Fue cuando Francisco Pizarro, al mando de un puñado de soldados españoles derrotó en Cajamarca a Atahualpa, el emperador de los Incas y a los 10 mil guerreros que los acompañaron a la histórica cita.

Según relatan los cronistas de la época, el enfrentamiento no duró más de media hora, que fue lo que tardó en caer el imperio incaico. No fue una derrota militar; fue una derrota cultural, cuyas secuelas aún se dejan sentir en nuestro país.

Mucho de lo que hoy ocurre en el escenario político nacional se explica por lo que ocurrió aquel 16 de noviembre. Es que pese al tiempo transcurrido, los que habitamos esta parte del mundo no hemos acabado de asimilar las consecuencias de los acontecimientos de Cajamarca y la misma confusión que paralizó a los guerreros de Atahualpa impidiéndoles afrontar el desafío que se les presentó se manifiesta cotidianamente de múltiples maneras con efectos similares.

Una muestra de esa confusión colectiva es la ola "indigenizadora" que durante los últimos años se ha puesto tan de moda en la política boliviana a través de un amplio abanico de propuestas que van desde la destrucción de Bolivia para restablecer el Kollasuyo hasta la de "nacionalizar al hombre boliviano" mediante la folklorización de la cultura.

Sin ser nuevo, el fenómeno ha adquirido especial relevancia durante los últimos dos años, desde que una serie de movilizaciones campesinas, enarbolando banderas indigenistas, puso en jaque al anterior gobierno y sentó las bases de un poder político que se reflejó en el éxito electoral de Evo Morales y Felipe Quispe en las elecciones generales de junio pasado.

Vistos los réditos electorales que proporciona el discurso indigenista, se ha desencadenado en nuestro país una disputa por el título de "más y mejor indigenista" que más que contribuir a saldar las cuentas que tenemos con nuestra historia está llevándonos a una banalización del tema hasta reducirlo a una grotesca caricatura.

Así, hemos tenido durante el anterior gobierno un Ministro que apelando a algún gen indígena que sin duda lleva en su sangre, como prácticamente todos los bolivianos, se presentó como originario de una tribu selvática de las llanuras orientales. Le dio tan buenos resultados esa carta de presentación que su ejemplo fue seguido por otras personas que no dudaron en disfrazarse de indígenas para sacar provecho de la "discriminación positiva" puesta en boga por europeos que buscan lavar su mala conciencia desempolvando el mito del buen salvaje.

A primera vista, podría creerse que esas manifestaciones forman parte de un saludable proceso de búsqueda de una identidad nacional que necesariamente pasa por revalorizar lo

que queda de nuestro legado precolombino. Pero cuando se hace de lo indígena una máscara tras la que se esconden complejos de inferioridad no resueltos, y se incurre en una cursilería "for export", lo único que se consigue es banalizar los esfuerzos que hacen los auténticos indígenas para revertir los siglos de exclusión social de que han sido víctimas y para conquistar un lugar digno en el mundo actual.

Esa forma de usar y abusar de la identidad indígena puede ser muy útil para quienes han hecho de los financiamientos de "oenegés" europeas -tan dadas a apoyar generosamente "buenas causas" como la defensa de los aborígenes americanos amenazados por la "modernización occidental"- un cómodo medio de vida o para quienes desean abrirse paso en los vericuetos del poder amparados en la demagogia de partidos que desean hacerse a los paladines de las "reivindicaciones históricas" de los sectores excluidos de la sociedad. Pero sin duda sirve de muy poco para contrarrestar los efectos de la derrota cultural de 1532, lo que sólo será posible si los bolivianos reunimos el valor necesario para reconocer que la historia no da marcha atrás y que el único camino que tenemos abierto es el que conduce a un futuro de integración, y no de exclusión, de universalización y no de la banalización de nuestros valores

Ecuador: Alvaro Noboa y el control a los medios de comunicación **Un peligro para la libertad de expresión**

Kintto Lucas
Rebelión

El magnate bananero Alvaro Noboa, candidato presidencial que disputa la segunda vuelta electoral de Ecuador con el coronel retirado Lucio Gutiérrez, puede transformarse de llegar a la presidencia en un peligro para la libertad de prensa al advertir que controlará los medios de comunicación.

La advertencia fue realizada por el candidato antes de la primera vuelta electoral, en una reunión con la prensa extranjera acreditada en Quito El multimillonario prometió controlar los medios de comunicación para que se muevan dentro de "una disciplina", pero no logró desvirtuar la represión contra los campesinos en su hacienda Los Alamos.

En esa oportunidad Noboa aseguró que tiene "ciertos opositores de la prensa que a su vez son corresponsales de periódicos internacionales". Y enseguida arremetió contra la cadena de televisión Ecuavisa, a la que acusó de estar "declarada opuesta" a él. También afirmó que en los boletines que ésta envía a medios internacionales se "ha desdibujado" su "imagen personal". Entre los medios internacionales mencionó al diario El Tiempo de Bogotá, la revista Poder, e "incluso el New York Times".

"Cualquier boletín de prensa que sale al mundo de Ecuavisa es muy distinto de lo que ustedes ven o escuchan en los otros medios de comunicación", señaló.

La proyección en el noticiero de Ecuavisa de un video que muestra la represión contra los campesinos en la hacienda Los Alamos donde se registraron varios heridos y un trabajador perdió una pierna, fue calificada por Noboa como una forma de desprestigiarlo.

Al ser interrogado si consideraba que el video era falso intentó desviar el tema argumentando que "la televisión debía mostrar las dos versiones", y enseguida enfatizó que difundiría "un video independiente" en el que se ve la otra versión. Pero este video luego de ser difundido fue considerado por el Tribunal Supremo Electoral como propaganda electoral.

Al insistirle sobre la veracidad o no del video emitido por el canal 8, argumentó: "Usted como periodista serio no va a creer ni en el video de Ecuavisa ni en el otro video por eso le invito a visitar la hacienda y que vea con sus ojos y saque sus conclusiones" Al cuestionarlo nuevamente de que la represión ocurrió en un determinado

momento en el que la prensa no estaba presente pero había un video de los hechos, aceptó que éste era verdadero.

"Yo tengo decenas de miles de personas trabajando para mí. E indirectamente un millón de ecuatorianos. Usted debe comprender que por mejor buen empresario que sea, en un millón de ecuatorianos hay ochenta descontentos. Pero Ecuavisa se ha dedicado a escuchar a los ochenta descontentos".

El poder económico de Alvaro Noboa sumado al poder político que puede tener de llegar a la presidencia y al control que quiere imponer sobre los medios de comunicación, pueden convertirse en un peligro para la libertad de expresión y la propia democracia.

Todos los colores de los afrobolivianos

Marco Basualdo Z.

* Corresponsal en Ecuador de la Agencia de Noticias Inter Press Service (IPS)

Un periodista me decía que si los blancos son los que se ponen pálidos cuando enferman, morados cuando beben y tostados al broncearse, entonces, ¿quién es el hombre de color?", preguntó Fernando Cajías durante una disertación acerca de la comunidad afroboliviana. La respuesta la dieron cientos de estos hombres que la pasada semana se encontraron en La Paz para lograr mayor organización y así consensuar una mejor representación ante los entes gubernamentales. Durante las jornadas, estos ciudadanos hablaron de su historia, de la discriminación que sufren y de lo olvidados que se sienten. "No puede ser que un censo nacional diga que tan sólo hay dos negros en Bolivia, eso no lo creen ni en el exterior", dice un hombre de "color" de 60 años, a quien le tocó emigrar a la ciudad y aún le cuesta olvidar sus verdes parajes. "Aquí estamos y somos muchos"

"A nosotros nos dicen 'cómo pues no los vamos a querer si ustedes son nuestros negritos bolivianos'. Es hora de que nos respeten", dice Jorge Medina, uno de los dirigentes del Movimiento Cultural Afro en Bolivia que participó en el Primer Encuentro Afroboliviano

Desarrolladas en La Paz toda la pasada semana, estas jornadas han servido para sentar las bases hacia una mejor organización de las comunidades que luchan por su reivindicación histórica, además del reclamo por mayores espacios de representación en el poder gubernamental. El encuentro tuvo invitados de Uruguay, Perú, y de todas las comunidades afro en territorio nacional.

Saya afroboliviana: la comunidad negra no sólo quiere el reconocimiento cultural

El jueves, Medina narró una anécdota tan jocosa como lacerante. "Anoche queríamos ver el partido de Bolívar con San Lorenzo en un local. Delante nuestro estaban unos señores que no consumían nada. Cuando terminamos las hamburguesas que pedimos, nos dijeron que desalojemos el lugar, y a los otros nada. Obviamente no salimos, por qué".

"Tienen una historia muy fuerte, y son muy arraigados a su tradición. Han aportado incluso en la lingüística; se dice por ahí que las palabras fricasé, mondongo, son palabras que ellos legaron a nuestro acervo. Su labor es importantísima para la interculturalidad del país, así que yo creo que ya es hora de tomarlos en cuenta no sólo a nivel cultural, si no también político", explica el sociólogo David Mendoza, director del Museo Tambo Kirkincha, repositorio donde se realizó la exposición de fotografías, tejidos y las actuaciones musicales de la comunidad afro en Bolivia.

Del campo a la ciudad

El señor Benjamín Inofuentes, natural de la comunidad de Tocaña, en Nor Yungas, debe ser uno de los primeros migrantes a la metrópoli paceña. Tiene 60 años, y ya vive 35 de ellos en la ciudad de La Paz. Recuerda que el cambio de hábitat fue un giro brusco en su vida. "Cuando uno va conociendo el ritmo de la ciudad cambia en su forma de ser, las relaciones son diferentes a lo que uno está acostumbrado; en mi pueblo es todo más tranquilo y aquí se vive en una constante preocupación", señala don Benjo.

"La migración es cada vez mayor, Tocaña tiene ahora a sólo unas 60 personas", añade desconsolado Benjamín, quien al describir al paisaje que lo vio nacer lo hace con profunda emoción.

“Allí la gente vive del cultivo del café, coca y algunos cítricos. Son todos muy pobres, prácticamente están olvidados, pero disfrutamos de nuestra cultura, bailando la saya por ejemplo”, precisa el hincha del “tigre”, como todo “buen negro”.

Según el historiador Fernando Cajías, la gran migración de los jóvenes de comunidades afro a las ciudades se produce en la década de los años 80. De ahí en más, la experiencia se incrementa obedeciendo a un mandato paternal, quienes ven que el futuro de sus hijos se encuentra en las metrópolis del país.

“Nuestros padres querían que seamos bachilleres, ahora nosotros pretendemos que nuestros hijos asistan a las universidades, y es por ello que, pese a todo sacrificio, hacemos lo posible por que éstos se eduquen”, explica Benjamín, padre de tres hijos. Una de ellas, Marfa, es estudiante de sociología en la UMSA y miembro de la directiva del Movimiento Cultural Afroboliviano.

Desde el punto de vista de una mujer, Silvia Pérez, de 27 años y madre de Jazmani, los jóvenes son empujados a la vida en la urbe. “Escuchan sobre la vida en la ciudad y muchos ya no quieren trabajar en la agricultura. Yo creo que es natural que uno busque progresar, pero lamentablemente nuestros pueblos se están vaciando, y sólo va quedando la gente mayor”, dice.

¿Sólo dos negros en Bolivia?

Benjamín asegura que el encuentro que finalizó ayer va a fortalecer la organización de todas las comunidades afrobolivianas. “Queremos que nuestra voz sea más extensiva en lo cultural y en lo social, como también en lo económico. Buscamos el reconocimiento del Estado, pues hasta ahora para él somos invisibles; nosotros quisiéramos una representación en las esferas del gobierno, y es por que nunca nos han tomado en cuenta”, reclama.

El hombre explica que, según el último censo por el Instituto Nacional de Estadística (INE), realizado el año 2001, existirían sólo dos afros en territorio nacional. “Siempre hemos pasado a engrosar los números de la población indígena, nunca nos catalogaron como negros puros. Nosotros hicimos un censo por nuestro lado en 1994, con la ayuda del Banco Mundial.

En aquella oportunidad alcanzamos a registrar a 23 mil afrobolivianos, aunque no llegamos a todos los rincones, tan sólo a La Paz, Cochabamba y Santa Cruz”, detalla.

Tanto él como Silvia aseguran, y con mucho orgullo, que las comunidades a las que pertenecen aún conservan su pureza en términos raciales. “En Nor Yungas aún se mantiene la originalidad, en cambio en los pueblos de Sur Yungas, como Chicaloma, Villa Remedios, ha habido una mezcla con el mundo aymara, muchos ya son mulatos”, explica Benjamín.

“Pero eso no quiere decir que nosotros seamos cerrados o discriminatorios; tengo una prima que se ha casado con un gringo, la diferencia es que nosotros seguimos conservando nuestras tradiciones negras”, aclara Silvia.

Esa antigua historia

Benjamín Inofuentes recuerda las reuniones que hacían sus padres y amigos cuando él era aún un pequeño.

“Ellos no sabían ni leer ni escribir, pero tenían una forma de ver la vida muy filosófica y eran muy inteligentes. Sus canciones las grababan en la memoria —mucho menos van a saber escribir música— y éstas nos eran transmitidas de forma oral”, explica el morocho canoso.

Aquellos relatos tenían que ver con el sufrimiento y los padecimientos de los hombres peones que en cierto modo seguían siendo esclavos. “A través de nuestra tradición oral es que nos llegan canciones como la dedicada al tata Belzu, que dice: ‘Isidoro Belzu, bandera ganó, ganó la bandera del altar mayor’. Es nuestro homenaje a él”, explica Inofuentes.

“Pero además de las frustraciones, nosotros también cantamos muchas alegrías, lo cual se ve reproducido en las sayas”, añade.

Sobre mitos como el del Zambo Zalvito, Benjamín sostiene que el asunto les resulta molesto, por todos los prejuicios que de allí nacen. “Dicen que era ladrón, asesino, pero nosotros pensamos que se ha estereotipado al negro en cierto momento por culpa de ese relato”, concluye don “Benjo”.

El rey de los morenos

La comunidad afro cuenta con un rey al que no brinda pleitesía pero que sin embargo reconoce con respeto

Según un mito que data de la Colonia, entre los miles de negros africanos que arribaron al territorio que en la actualidad es Bolivia se encontraba un príncipe de noble alcurnia.

“Algunos historiadores dicen que fue reconocido por los otros negros. El príncipe fue a parar a una hacienda de Mururata y, a pedido de los demás trabajadores, empezó a gozar de ciertos privilegios como producto de su linaje”, explica Marfa Inofuentes, miembro del Movimiento Cultural Afroboliviano. Aquellos privilegios se traducían en menos horas de trabajo, que eran completadas por el resto de jornaleros. “Pero la versión que para nosotros sí

tiene validez es la que nos cuentan nuestros abuelos”, dice.

Ellos sostenían que nunca llegó un príncipe a esta parte de la América. “Lo que pasaba era que en una hacienda de Mururata se estaba propiciando una rebelión, y el líder de ellos era Bonifacio Pinedo. Entonces, como una forma de apaciguar ese levantamiento y para que la cosa no se propagara a toda la población, los dueños de la hacienda, como una estrategia, proclamaron al líder como rey para que éste dirija a los demás”, recuerda.

Pero su representación no fue lo que esperaban. Bonifacio ocupó el lugar de capataz y su trato fue más cruel con sus hermanos. “Ahora, sin necesidad de brindarle pleitesía, nosotros reconocemos a Luis Pinedo, su nieto, como su sucesor; pero sólo por respeto, no por pleitesía”, recalca Marfa Inofuentes.

Mercosur no puede hacer nada en los problemas políticos internos del Paraguay

El ex presidente uruguayo Luis Alberto Lacalle Herrera sostiene en esta entrevista que el Mercosur no es un tratado para proteger la democracia, ni defenderla. Dice que la “cláusula democrática” del bloque regional puede ser muy importante, pero que no sirve para fomentar las exportaciones. A diferencia de aquellos primeros años de “borrachera democrática” de los noventa, las mentalidades parecen haber cambiado.

Luis Alberto Lacalle Herrera

Hoy Lacalle expresa con crudeza que Mercosur no puede hacer nada en los problemas políticos internos del Paraguay porque, subraya, su finalidad es netamente comercial, como diciendo que cada uno tiene suficientes problemas como para atender los de sus vecinos. Es más, insiste en que los socios del bloque han equivocado el camino al insertar en el tratado la cláusula política y despreocuparse de la agenda económica. Entonces resume que en la próxima cumbre de diciembre en Brasil, los dos países menores, Uruguay y Paraguay, deben proponer una pausa para ajustar el Mercosur de papel a un Mercosur más real.

- ¿Está siempre en busca de su reloj (Rólex) que le robaron cuando discursaba en el Parlamento?

- Sí, imagínese. Más allá de lo gracioso que pueda ser todo esto, para mí tiene un valor sentimental muy grande. Es un regalo que me hizo mi esposa cuando éramos novios en el año '68, hace ya 34 años. Siempre hay versiones, que está en tal lado o que lo tiene fulano. Yo simplemente digo que, si alguien lo tiene, que me lo devuelva o que me lo venda.

- ¿Es cierto que esta semana fue a revisar el museo particular de un historiador (Pusineri) que ya murió?

- Fui a una casa donde había una colección de relojes. Me dijeron que estaba ahí, que lo habían donado. Pero no era cierto. Qué se le va hacer... Bueno, no era cierto y hay cosas más importantes de las que podemos hablar.

- ¿Tenemos un Mercosur de papel y no un Mercosur real?

- Sí. Esa es mi opinión. Que hay una diferencia entre lo que se acuerda, lo que firman los presidentes y delegaciones, cancilleres y lo que pasa en la realidad. Un camionero va con el cargamento de Uruguay a Brasil y no pasa. ¡Pero el tratado dice que sí tiene que pasar! Bueno, esa es la distancia que hay en toda actividad humana: de lo ideal a lo real. Entonces, lo que hay que hacer es que ande el Mercosur real.

- ¿No funciona? ¿Fue un fracaso?

- El Mercosur tiene muchas cosas buenas, pero Uruguay y Paraguay tienen que proponer en diciembre hacer una pausa para ajustar lo que está andando, para que ande bien, que esté bien aceitado, que funcione como un motor, y cuando esté funcionando, entonces sigamos pensando en cosas más grandes.

- ¿Cuál fue la falla, para usted, que fue fundador del Mercosur hace más de 10 años?

- Yo creo que se puso más énfasis en lo político que en lo económico-comercial.

- ¿En qué se basa para decir eso?

- Por ejemplo, el Tratado de Asunción dice en la introducción que se van a coordinar las políticas monetarias. Si hubiéramos coordinado las políticas monetarias en el '95, '96 '97, nos hubiéramos salvado de la devaluación brasileña, ¿qué le parece? Coordinarlas significa que las políticas van más o menos acompañándose.

- ¿No se hizo?

- No se hizo nada. Brasil devaluó. La Argentina puso paridad fija.

- Cada uno se fue por su lado...

- Cada uno por su lado y tiene derecho a hacerlo. No vamos a decir que no es nada malo. Simplemente que el Mercosur, en vez de mirar eso, se ocupó de la cláusula democrática, que puede ser muy importante, pero no sirve para fomentar las exportaciones. El Mercosur se hizo para que sus socios vendan más y exporten más.

- ¿La cláusula política acaso no fue la piedra angular de ese tratado?

- No, no era piedra angular de nada. Esto no es un acuerdo político para que haya más democracia o menos democracia. Todos estamos encantados que haya mucha democracia y una democracia muy fuerte.

- No puede desconocer que el Mercosur comenzó entre países que acababan de sortear dictaduras.

- Pero la finalidad del Mercosur no fue sino aumentar el comercio. ¿Para qué me asocié yo con Brasil y Argentina?, para poder venderle y viceversa, así de simple.

- ¿Pero hubiera sido posible un Mercosur con Argentina, Brasil y Uruguay democráticos y un Paraguay bajo la dictadura de Stroessner?

- Desde el punto de vista comercial no hubiera habido ningún problema. Lo que no sé es si Stroessner hubiera entrado. Lo que yo estoy diciendo es que la finalidad del Mercosur no era ver si los países eran democráticos o no. Era comprar y vender más. Esa era la finalidad.

- Teóricamente una sociedad entre gobiernos democráticos y uno dictatorial no iba a funcionar, por el tema de la seguridad jurídica, la transparencia de las instituciones...

- Por supuesto. Pero ¿ustedes con China Popular no compran ni venden nada? ¿Cuando Chile tenía dictadura, vendían y compraban de Chile o no? Estamos hablando de dos cosas distintas. Usted me habla de peras y yo le hablo de bananas.

- ¿Usted, en serio, concibe un bloque entre presidentes democráticos y uno autoritario?

- Cuando empezó el Mercosur éramos todos democráticos. Lo que estoy diciendo es que la finalidad de Mercosur no era ver si había cláusula democrática, que me parece muy bien y la firmo 10 veces si quiere. La finalidad era preocuparse que anduviera el aspecto económico y comercial, y no se hizo. La prueba está que no funciona correctamente.

- Usted tendrá bastante información de lo que pasa aquí, donde reina un presidente no electo. Más bien parece que los socios del Paraguay aplicaron la política del avestruz.

- La cláusula democrática ¿qué tiene que ver?

- En el sentido de exigirle a un gobierno a que se conduzca bajo las reglas de la democracia, de las elecciones. Para eso se puso en vigencia la cláusula democrática ¿o no?

- Pero ¿qué tiene que ver con el Mercosur?

- Por los daños, en todos los sentidos, que produce tener un gobierno que no fue elegido.

- Sí, perfecto. Pero los países del Mercosur no podemos hacer nada en los problemas políticos internos del Paraguay. El tratado Mercosur no dice nada de eso.

- ¿Dónde está ahí la cláusula democrática, la transparencia, las buenas intenciones? ¿No fue un proyecto hipócrita el Mercosur desde el comienzo?

- Estamos hablando dos cosas distintas. Lea el tratado. El tratado no dice nada de elecciones, ni no elecciones. Ahí dice: “Se van a facilitar el pasaje de mercaderías”, “se van a bajar los aranceles”, “se van a facilitar las transferencias de dinero, de gente”. No es un tratado para proteger la democracia, ni para hacer la democracia ni para defenderla. Es un tratado comercial. Nosotros no tenemos una asociación para fines políticos sino para fines comerciales.

- ¿Para qué metieron entonces la cláusula democrática si no era para candadear la democracia?

- Eso se firmó en Ushuaia (Argentina), después.

- ¿Usted no estuvo de acuerdo?

- No estuve de acuerdo. No era yo el presidente. Estaba el Dr. Sanguinetti como presidente. Mire lo que estoy diciendo. Le firmo 10 veces una cláusula democrática, pero que el Mercosur no funcione no tiene nada que ver que haya democracia o no. Mercosur no anda porque no se tomaron las providencias económicas y comerciales.

- ¿A qué le atribuye entonces esta crisis?

- Si hablamos de Mercosur, creo que no se profundizó lo suficiente el Mercosur. Esa fue la pregunta original suya. ¿Por qué no anduvo? Porque no se siguió el camino de la integración profunda. Y porque los países tampoco se prepararon. A los que se prepararon les fue bien. Hay empresas que hicieron dinero, porque invirtieron en capital, tecnología. Otros dijeron que no iba a funcionar. Les agarró la liberalización del comercio y les dio vuelta.

- ¿El Mercosur no fue resultado de la primavera de fines de los ochenta, de la borrachera democrática, después de tanto oscurantismo?

- Cada uno sabe por qué entró. El Parlamento paraguayo lo votó, el uruguayo lo votó. El 100 % del Senado, el 99 % de Diputados.

- Se unieron cuatro países y lo que tenemos hoy es crisis.

- Pero no es lo mismo Brasil que como le ha ido a Argentina. Brasil es un país mucho más poderoso hoy. Le sacó varios cuerpos de ventaja a Argentina dentro del mismo Mercosur.

- Pero si vamos por la lógica, esto no debió haber pasado. Se unieron cuatro países...

- Mire, que no era garantido tampoco. Unirse no es sinónimo de éxito. El Mercosur -yo siempre decía- es una oportunidad pero no una certeza. A usted le dicen: va a jugar en la cancha grande, pero nadie le garantiza que va a ganar. Entonces, tiene que prepararse, entrenarse, antes de bajar a la cancha. Los países no se prepararon y también están esos defectos de orientación. El Mercosur tenía que tratar los temas monetarios, los temas macroeconómicos porque las variables de monedas son las que liquidan la competitividad.

- Antes usted decía que la democracia es una condición sine qua non para llevar adelante este tipo de emprendimientos.

- La democracia, claro que es mejor, pero el Mercosur no tiene por finalidad nada democrático. No tiene nada que ver la democracia. Es para el comercio. Léalo. Usted va a ver.

- ¿Es su amigo el presidente González Macchi? Usted fue a visitarlo al Palacio.

- No, no. Fui a saludar al Presidente de Paraguay, así como he ido a saludar en su momento al presidente Rodríguez, a Wasmosy. He saludado a Cubas. Yo saludo al Presidente de Paraguay, no a mi amigo. Cuando vengo acá yo no tengo partido ni nada.

- ¿Qué va a pasar con Mercosur?

- Yo he hablado con políticos amigos y con todos coincidimos en lo siguiente. Ahora en diciembre hay reunión de Mercosur. Tenemos que decir que no vamos a seguir avanzando si no se cumple lo que está pactado y acordado. Y esa es la única salida de Uruguay y Paraguay: apretar a los grandes en diciembre, en la reunión del Mercosur. Decirles que están bloqueando nuestros productos, que el Tratado no se está cumpliendo. Eso es lo que tenemos que reclamar.

Hugo Ruiz Olazar

¿Puede ser Paraguay uno de los que más invierten en educación?

Un informe dado a conocer la semana pasada por la Unesco señala que Paraguay está en camino de no lograr la universalización de la educación primaria y la reducción de sus analfabetos adultos. El dato contrasta con las estadísticas comparadas entre los países del Mercosur, que indican que Paraguay es el país que más dinero invierte en educación.

La pobreza es uno de los factores que impiden el logro de las metas educativas.

Los números cuentan algo que no se refleja en la realidad. Dicen las estadísticas de la Unesco que en nuestro país se invierte más en educación que en Argentina, Brasil y Uruguay. Según las estadísticas, el gasto público en educación es superior aquí que el que se realiza en los otros países miembros del Mercosur, tanto desde la perspectiva del producto interno bruto como de la de los gastos totales del gobierno. En los papeles, Paraguay está a la cabeza de los países que invierten su presupuesto en educación. Pero las estadísticas de la misma institución revelan la paradoja: siendo uno de los que más invierten, es uno de los que peores resultados obtienen.

LO QUE PARAGUAY NO HA LOGRADO

Según dio a conocer la Unesco el pasado 13 de noviembre, Paraguay figura en la lista de trece países latinoamericanos y 71 naciones a nivel mundial que corren el riesgo de no lograr los objetivos establecidos hace dos años en el Foro Mundial sobre la Educación, en Dakar.

En el mundo son 83 los países que están en camino de alcanzar los logros fijados para el 2015 y 71 los que no. Paraguay integra esta triste nómina por no lograr dos de los objetivos cuantificables de la lista.

En primer lugar, de acuerdo con la tendencia, nuestro país no podrá lograr universalizar la enseñanza primaria. Se trata de lograr que todos los niños en edad de ir a la escuela accedan a la educación de aquí al

2015. También figura en la lista de los países que no podrán reducir a la mitad el número de analfabetos adultos.

La meta concreta con respecto a la universalización de la educación básica es asegurarse de que todos los niños en edad escolar y más concretamente los que se hallan en circunstancias difíciles o pertenecen a minorías étnicas tengan acceso a una enseñanza primaria de buena calidad, gratuita y obligatoria, y puedan acabar sus estudios.

En cuanto a la alfabetización de adultos, el propósito es aumentar en un 50% los índices - especialmente de las mujeres- y lograr para todos un acceso equitativo a programas de educación básica y educación permanente.

Donde el país no tiene problemas es en lograr la paridad de los sexos en el acceso a la educación básica. Esta meta debería ser lograda por todos los países del mundo en el 2005. De hecho, el único país con ese problema en Latinoamérica es Guatemala.

EL MEC FUE SORPRENDIDO POR EL INFORME

El anuncio de que Paraguay está en el camino de no cumplir con las metas educativas fijadas para el 2015 causó malestar en el Ministerio de Educación y Cultura. “Desconozco el informe y me ha sorprendido”, declaró la ministra del área, Blanca Ovelar.

Según el MEC, durante toda la década del 90 se trabajó con la idea de educación para todos.

“Paraguay aproxima todas su metas hacia este propósito. Cuando llegó el año 2000, el mundo entero se reunió en Dakar para discutir el tema, y Paraguay hizo una evaluación muy crítica de su situación, sus avances, logros, desafíos y tareas pendientes”, indicó Ovelar. Añadió que hay un plan de trabajo para el seguimiento de las metas de Dakar, que cumple con sus actividades regularmente.

El próximo presidente irá atado a sus ofrecimientos

[ampliar imagen](#)

El candidato que triunfe pondrá en riesgo su credibilidad si no cumple promesas electorales.

Los candidatos presidenciales finalistas, Lucio Gutiérrez y Álvaro Noboa, han prometido ejecutar ambiciosos planes si es que triunfan en la segunda vuelta electoral del próximo domingo 24.



Carlos Barros / EL UNIVERSO

Las ofertas van desde dotar a todos los colegios del Ecuador con computadoras conectadas a la internet hasta que todos los ecuatorianos accedan, mediante una tarjeta personal con banda magnética, a servicios de salud en cualquier centro del país.

Las niñas Odalis y Mariana Maldonado Carrión, en la cooperativa Toral Zalatiel, en la isla Trinitaria, son parte de las cifras que descubren al 61,8% de la población ecuatoriana que vive en zonas con déficit de servicios residenciales.

¿Son viables tantas ofertas?

Una confrontación de las principales promesas electorales.



Realizables unas, difíciles otras. Cinco principales propuestas de campaña de cada uno de los dos aspirantes a la presidencia de la República, en el plano económico y en el social, las sustentan sus asesores. Pero también las cuestionan y analizan expertos y personas que han palpado la realidad, desde el campo público o privado, de un país en que las ofertas de cambio, modernización y mejoras se repiten cada cuatro años, en tiempo de elecciones, y luego no se cumplen.

Noticias Relacionadas

- [Lucio Gutiérrez](#)
- [Álvaro Noboa](#)

LAS CIFRAS SOCIALES Y ECONÓMICAS DEL ECUADOR

EDUCACIÓN

	URBANO	RURAL	PAÍS
Promedio de alumnos por profesores en escuelas	4,4	17,5	8,8
Escuelas incompletas en % (infraestructura)	14,8	18,6	16,6
Analfabetismo en %	4,4	17,5	8,8
Escolaridad (años estudiados)	9,2	5,0	7,8
Población no matriculada por causas económicas en %	66,6	69,6	68,6

LAS COMPUTADORAS	URBANO	RURAL	PAÍS
Hogares por computadoras	8,0	0,4	5,1
Computadoras	2,0	0,1	1,2

VIVIENDAS	URBANO	RURAL	PAÍS
Déficit de servicios residenciales	50,9	95,9	68,1
Hacinamiento	24,8	39,8	30,5
Habitación en casas, villas o departamentos	74,1	68,5	72,1
Piso entablado, parquet, baldosa, vinil, ladrillo o cemento	94,7	69,8	85,1
Hogares con servicios de alcañterillado	65,0	10,9	44,4
Casas con sistema eliminación de excretas	92,1	54,4	77,7

Déficit: 1'250.000 viviendas en todo el país, sube 100.000 por año.

Déficit de financiamiento: 2.000'000.0000 dólares.

LA SALUD

Índice de oferta de servicios	En porcentaje (%)
Costa	47,5
Sierra	51,2
Amazonia	48,3
País	49,2

INFLACIÓN

Índice de octubre: 0,65 Variación anual *	10,70%
En lo que va del año	8,23%
Canasta familiar básica	\$346,14
Canasta familiar vital	\$261,59
Ingreso mínimo mensual de una familia con cuatro miembros y 1,60 perceptores	\$221,26
Poder adquisitivo del ingreso familiar en relación a la canasta familiar básica	63,90%

*La meta del Gobierno es cerrar el 2002 con el 10% de inflación anual.

PETRÓLEO

La producción de crudo de enero a septiembre pasado se ubicó en 95'494.000 barriles.

La exportación de petróleo en los primeros nueve meses del año llegó a los 63'866.000 barriles, con lo que se obtuvo 1.354'595.000 millones de dólares.

El actual Presupuesto General de Estado fue calculado con una

proyección de precio para el barril de 19 dólares.

Nuevos ciudadanos harán surgir nuevos dirigentes

Por José Eduardo Jorge

Director de Cambio Cultural

El proceso de innovación cívica en desarrollo está transformando el país y creando las bases para su reconstrucción. Es necesario no caer en el pesimismo ni en la impaciencia. Los indicadores del cambio. El capital social y la tendencia solidaria. Las cualidades de los nuevos dirigentes y ciudadanos. ¿Fracasaron las asambleas vecinales?

"La Argentina, hoy, dolorosamente se derrumba, junto al resto de América Latina, en la miseria. Aquel paraíso terrenal, pleno de riquezas minerales, de animales y de frutos, que supo ser nuestra tierra, es, ahora, un continente devastado".

Ernesto Sábato

Barcelona, 13 de septiembre de 2002

Construir capital social no será fácil, pero
es la clave para hacer funcionar la democracia
Robert Putnam

"Escepticismo", "pesimismo", "resignación", "desaliento"... Son palabras que estamos escuchando o leyendo a diario para describir el aparente estado de ánimo de la mayoría de los argentinos.

La gente, dicen las encuestas preelectorales, no cree que el próximo gobierno solucionará nuestros problemas. La actual administración no logró la ayuda internacional que buscaba y hace tiempo que quedó sin respuestas. El ruido de las cacerolas y las reuniones multitudinarias de vecinos son un recuerdo lejano. Todavía no asoman los nuevos dirigentes. Desde el exterior, figuras influyentes nos auguran la insignificancia eterna.

Sin salidas a la vista, con tantos políticos ensimismados en innobles reyertas, abrumados por el desempleo y la pobreza, acaso hemos agotado la esperanza, incluso la indignación. El inédito protagonismo político de la sociedad civil desde las jornadas de diciembre había fomentado la esperanza de un cambio veloz, inmediato. ¿Es posible que la sociedad haya bajado los brazos?

La promesa de aprendizaje colectivo y renovación que insinuaba esta crisis histórica no ha sido un espejismo. Ocurre, simplemente, que los cambios deseados por los argentinos siguen un proceso normal de maduración. Hay, pues, que sopesar con cuidado los tiempos y las acciones para consumarlos. Tratar de forzar las cosas puede ser vano y perjudicial, tanto como quedar cruzados de brazos o trabajar para malograrlas.

Los tiempos del cambio político e institucional

La Argentina puede estar recorriendo las etapas finales del largo proceso de cambio institucional inaugurado en 1983. Como observó Putnam en su investigación de más de 20 años en Italia, "la mayor parte de la historia institucional se mueve lentamente. Cuando se trata de la construcción institucional (y no meramente de la letra de la constitución), el tiempo se mide en décadas (...) Probablemente la historia se mueve incluso más lentamente para erigir normas de reciprocidad y redes de compromiso cívico" (1).

Es necesario no caer en el pesimismo o la impaciencia. Hay quienes dicen que no habrá renovación porque la gente no participa, que la reforma política está congelada, que las asambleas vecinales fracasaron. El arco político de centroizquierda se enredó en una peligrosa cruzada abstencionista para que, de una buena vez, "se vayan todos"; del otro lado, hubo quienes saludaron el triunfo de la consigna inversa en el impúdico feudo político de Santiago del Estero.

El lema que el ingenio popular acuñó en los días impetuosos de diciembre se ha convertido en objeto de la más simplista controversia entre quienes defienden su significado literal y los que reprueban su generalidad. Algunos parecen suponer que la crisis política se origina en vicios individuales y que, debido a las lacras de ciertos políticos -incluso de unos pocos muy influyentes-, se condena injustamente al conjunto.

Los hechos no son tan sencillos. El problema de fondo está en la cultura política. No en algunas personas, sino en sus valores y hábitos compartidos, en las reglas no escritas del sistema, que a los individuos les resulta difícil cambiar y a las que, por el contrario, conviene adherir o adaptarse para entrar y prosperar en él. Si desde 1983 la democracia ha funcionado de un modo tan imperfecto, ha sido en gran parte por la vigencia de esas reglas informales que nacen de la cultura y de la historia y que, hasta no hace mucho, compartíamos dirigentes y ciudadanos (recordemos, por ejemplo, el "roba, pero hace".)

Sólo la irrupción desequilibrante de dirigentes con otra mentalidad podría alterar rápidamente esas reglas de juego e inducir el cambio de actitud de quienes no hayan sido reemplazados. Es muy difícil que nuestros añejos políticos muden de otro modo sus hábitos cristalizados de pensar y de actuar, aún bajo el creciente control de una ciudadanía más alerta y organizada.

El nudo del problema consiste en que si los potenciales nuevos dirigentes ya están dentro del sistema político, tal vez compartan las reglas que hay que cambiar y, si son extraños a él, tendrán dificultades para ingresar.

Podemos, sin embargo, depositar expectativas en los jóvenes, incluyendo los que participan en los partidos tradicionales pero objetan los viejos hábitos, así como en los muchos dirigentes que están surgiendo en el espacio cada vez más amplio y consolidado de la acción civil.

No sólo nos hacen falta nuevos políticos. Necesitamos toda una nueva generación.

Superando el pesimismo

En esa crítica incisiva de los rasgos más negativos de nuestra cultura que es Cambalache, Discépolo sucumbió a uno de ellos: el pesimismo. Superarlo es parte del cambio cultural que precisamos. La actitud hacia el destino -en especial, el destino colectivo- influye en el modo como actuamos en ciertas situaciones, entre ellas las de crisis. El optimismo ingenuo puede conducir a respuestas no realistas, pero el pesimismo inflexible paraliza, cierra las opciones, rehúsa la cooperación y lleva al "sálvese quien pueda".

A pesar del aparente clima de tristeza que nos envuelve, hay señales profundas de que también aquí las cosas han comenzado a cambiar. Hemos destacado antes en estas columnas el consistente aumento del voluntariado -y, en general, el crecimiento de nuestro capital social- en los últimos años. Todo parece indicar que la crisis lo ha amplificado.

Las actividades y las organizaciones solidarias se multiplican y los medios de comunicación más importantes se han sumado a la tendencia, reforzándola. Estamos escuchando incluso que la solidaridad "está de moda". Enhorabuena. Se trata de un fenómeno genuino y una respuesta alentadora frente a la crisis, que acaso se convierta en un modelo cultural al que la sociedad pueda volver para abordar otros problemas acuciantes.

Este nuevo paradigma pone además en evidencia ante la opinión pública las conductas asociales. La dirigencia política demuestra que la solidaridad la tiene sin cuidado. Mientras la gente dona su tiempo y sus pocos recursos para mantener el país a flote, nuestros holgados senadores se asignan ingresos suplementarios por "desarraigo". Y al tiempo que algunas empresas actúan con responsabilidad social, otras evaden los impuestos con facturas apócrifas, como indica una investigación de la Administración Federal de Ingresos Públicos.

Hay una relación profunda entre la tendencia solidaria y la posibilidad de realizar los cambios políticos que deseamos. La experiencia de las asambleas vecinales nos ayudará a comprenderlo. Muchos dicen en estos días que las asambleas "fracasaron" o están "en retroceso". ¿La razón? La gente, afirman, comprendió que no era tan fácil debatir o formular propuestas sobre el destino de los bancos, la deuda externa o los programas sociales; también las "aparateadas" de los partidos de izquierda habrían desalentado a los vecinos.

¿Van estos argumentos en la dirección correcta? Cuando las asambleas nacieron, junto con los cacerolazos, se pensó de un modo lineal que aspiraban o estaban destinadas a participar en el gobierno. En medio de una total confusión se habló de cantones suizos, de pinochetismo, de soviets, de darles intervención en el ejecutivo o el legislativo. La izquierda, como es lógico, vio en ellas el germen del soñado movimiento de masas. La derecha también, como una pesadilla. El resto de la política tradicional, que nunca conoció el concepto de "ciudadano" y sólo se relaciona con la gente a través del clientelismo, las calificó como "sedición" y blandió el consabido "el pueblo no delibera ni gobierna..."

En un país sin la experiencia previa de una sociedad civil fuerte, faltaba el modelo cultural que ayudara a interpretar el fenómeno. Los vecinos se reunían a discutir sus problemas y los del país, buscando colectivamente soluciones o tan sólo explicaciones, en medio de un naufragio en el que los responsables del barco pugnan deshonorosamente entre sí por apoderarse de los botes salvavidas.

La reacción espontánea de la gente era consistente con tendencias que de un modo menos ruidoso se habían venido desarrollando durante los años noventa. Pero los conceptos de "voluntariado", "tercer sector", "capital social", nunca habían formado parte de nuestro léxico político. Pertenecían a otra esfera, poco o nada comprendida. De modo que la política tradicional y sus analistas (que también necesitamos renovar) abordaron la cuestión con sus viejas concepciones, sus fantasías y sus fantasmas.

De repente los vecinos se vieron agredidos moral y hasta físicamente por quienes los consideraban sediciosos o subversivos, mientras otros trataban de utilizarlos para sus propios objetivos políticos. Algunos volvieron a sus casas. Pero otros pusieron manos a la obra y ya forman parte de la vasta red de asociaciones ciudadanas y solidarias que están remodelando nuestro tejido social.

Aprendizaje social e innovación cívica

De modo que no hay ningún fracaso ni retroceso. El capital social y la solidaridad aumentaron, la sociedad civil se fortaleció. Más gente se incorporó a la ola. Y en esta experiencia de floreciente participación y organización se están forjando nuevos ciudadanos y dirigentes, más democráticos, honestos y de mente abierta, más dispuestos a la cooperación.

¿Es necesario, como piensan algunos, que la acción civil dé paso luego a la formulación de objetivos políticos "estratégicos" por parte de las asambleas? No es imprescindible. A través de múltiples vías éstas y otras flamantes asociaciones presionarán para incorporar nueva legislación, fiscalizarán, definirán la agenda de políticos y gobernantes, influirán en el proceso de toma de decisiones y de implementación de políticas. A medida que el tejido civil se haga más denso, algunos de sus miembros y dirigentes entrarán en la arena política, en nuevos o viejos partidos, o bien (reforma política mediante) como candidatos individuales o de agrupaciones no partidarias.

¿Hay que avanzar, entonces, en la dirección de una "democracia participativa"? Sí, observando con precisión el significado que atribuimos a ese concepto. La democracia supone a la vez la representación y la participación; una sociedad civil fuerte, vigilante e innovadora, cuya esfera no se confunde con la del gobierno y los partidos políticos, pero que está unida a ellos a través de múltiples intercambios.

La participación ciudadana en los asuntos públicos deberá ampliarse promoviendo nueva legislación y mecanismos administrativos específicos, que no se limitan ni se refieren principalmente al "presupuesto participativo", una idea interesante pero que, en un contexto de clientelismo, reproducirá o afianzará las relaciones clientelares.

Es necesario profundizar el aprendizaje social en la resolución de problemas que, por su naturaleza y complejidad, no pueden ser abordados adecuadamente a través de las políticas públicas tradicionales que "bajan al territorio". En este proceso de "innovación cívica" se multiplicarán las organizaciones civiles generales y especializadas, con sus propias iniciativas. Es el gobierno el que, en ciertos casos, podrá participar

en éstas o crear instancias para alentarlas. Y en un contexto de este tipo será posible implementar con éxito experiencias de intervención de los ciudadanos en el diseño del presupuesto público.

Esta "renovación ciudadana" se ha venido gestando gradualmente durante años y aún exhibe algunos indicadores contradictorios. Por ejemplo, mientras el número de voluntarios y de organizaciones del tercer sector se incrementa consistentemente, los niveles de confianza mutua continúan siendo bajos.

Según las últimas encuestas disponibles, el 32% de los adultos declaró haber realizado algún tipo de actividad voluntaria durante 2001, cuando hace pocos años la cifra era de 20%. Al mismo tiempo, en el estudio Latinobarómetro 2002, sólo el 22% de los argentinos se manifestó de acuerdo con la afirmación "se puede confiar en la mayoría de las personas", proporción que es similar a la de principios de la década (2).

Uno de los datos más importantes y alentadores es el apoyo con que cuenta la democracia en el país. El 65% de los encuestados en Argentina por Latinobarómetro acordó que "la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno", una proporción sólo superada por Costa Rica, Uruguay y Venezuela. En Brasil, por ejemplo, el porcentaje es de apenas 37%.

Si bien entre nosotros la cifra es inferior al 71% registrado en 1996, el hecho de que, a pesar de la crisis, haya aumentado respecto al año 2001 (cuando fue de 58%), ha sido considerado como uno de los resultados más llamativos de esta onda. La correlación entre el desempeño económico y el apoyo a la democracia sigue siendo elevada, pero está disminuyendo (3). Todavía el 47% de los argentinos se declara de acuerdo con la frase "no me importaría que un gobierno no democrático llegara al poder, si pudiera resolver los problemas económicos y dar trabajo a todos". En Brasil la misma expresión recogió un 62% de adhesiones.

Estos datos muestran que, si bien todavía nos queda camino por recorrer, la madurez cívica de la Argentina sigue una tendencia creciente. Los argentinos defienden la democracia como el mejor sistema de gobierno a pesar de que, por obvias razones, un ínfimo 8% se manifiesta satisfecho con su funcionamiento, el número más bajo de la región después de Paraguay (4). También exhiben porcentajes mínimos la confianza en los partidos políticos (4% de los entrevistados), así como la confianza y la aprobación del gobierno (10% y 14%). Los promedios latinoamericanos para estas tres categorías son 14%, 29% y 36%, respectivamente.

El informe de Latinobarómetro concluye que en la región hay "una cultura democrática en evolución y creciente". Augura además "tiempos con crecientes demandas". Pero la gente ya no busca soluciones fáciles, como los regímenes autoritarios. La salida es "echar a los gobiernos" que hagan las cosas mal y elegir otros nuevos, en "un contexto donde la política institucionalizada a través de los partidos ha perdido credibilidad y la gente está saliendo a la calle para decir lo que piensa, porque los partidos los interpretan cada vez menos".

Las cualidades de los nuevos dirigentes

La construcción gradual de una "nueva ciudadanía" es la precondition para el surgimiento de los "nuevos dirigentes". Una ciudadanía con otros códigos éticos; que no espere ni pida favores de los políticos y les demande honestidad, respeto por la ley y las instituciones. Una ciudadanía más comprometida, participativa y proclive a asociarse, que no haga recaer exclusivamente sobre los dirigentes toda la responsabilidad por la solución de los males colectivos, sino que esté dispuesta a intervenir activamente en ese trabajo.

Los "nuevos dirigentes" que el país necesita deberán poseer cualidades como la honestidad y la capacidad, pero además establecer con los ciudadanos otro tipo de relación. En nuestra historia ese vínculo ha sido casi siempre jerárquico: el dirigente proporcionaba favores y, a cambio, obtenía lealtad. Una democracia avanzada requiere otro tipo de liderazgo, que exige un cambio cultural no de una, sino de las dos partes de la relación.

En un estilo de liderazgo democrático los dirigentes promueven el aprendizaje social y no ofrecen soluciones mágicas ni remedios sencillos a problemas complejos, que acaso carecen de una solución óptima, la tienen sólo a largo plazo o involucran decisiones con incómodos o dolorosos efectos secundarios.

La crisis argentina no puede corregirse sólo ni principalmente con intervenciones técnicas, pues se origina en gran medida en problemas de acción colectiva cuya solución supone la cooperación y el cambio de actitudes, valores y conductas de los propios argentinos.

Situaciones sumamente complejas que acaso pueden remediarse con decisiones técnicas acertadas son, por ejemplo, el "corralito" financiero o la ayuda para los jefes o los niños de hogares empobrecidos. Aún en estos casos observamos que el éxito del mejor plan depende de la colaboración de ciertos grupos que están en condiciones de impedir o entorpecer su consumación.

En cuestiones como la evasión impositiva -cuya magnitud en torno al 40% o 50% es incompatible con la meta de un Estado eficiente y eficaz-, una óptima administración tributaria puede mejorar la recaudación hasta cierto punto, pero la solución de fondo, como bien saben los tributaristas, pasa por un cambio en la cultura de los contribuyentes (y también, por supuesto, de los funcionarios públicos.)

Asuntos como la crisis de la educación son aún más problemáticos. Qué tipo y calidad de educación queremos y cómo vamos a financiarla son temas que reclaman urgente atención y que, sin embargo, no se pueden resolver con un enfoque exclusivamente técnico. La comunidad y los distintos grupos involucrados tendrán que aclarar, ajustar y conciliar objetivos, valores y expectativas.

Los nuevos dirigentes, entonces, deberán contar con lo que llamamos "visión", en el sentido de proponer a la sociedad un sueño a la vez inspirador y realista. Pero además con la lucidez para comprender cuándo es la propia sociedad la que debe encontrar las soluciones, y con la vocación y capacidad para incitarla a hacer su trabajo.

El proceso de renovación ciudadana y de dirigentes no es lineal ni está exento de conflicto, pero se encuentra claramente en desarrollo (5). Como hemos dicho reiteradamente en estas columnas, es deseable que el próximo gobierno instituya un periodo de transición en cuyo transcurso estas tendencias puedan desplegarse y consumarse.

Que así ocurra dependerá tanto de los futuros gobernantes como de los ciudadanos. Las encuestas dicen que la gente no espera mucho de los primeros. Debemos ahora mirar hacia dentro y ver si estamos cumpliendo con nuestra parte. En nuestra disposición para identificarnos con el país y no sólo con nuestros intereses individuales o de grupo, para salir del aislamiento y cooperar con los demás en la solución de nuestros muchos problemas, descubriremos la fuente primordial del pesimismo o el optimismo.

UN TEXTO CLAVE PARA AYUDAR A
COMPRENDER LA CRISIS ARGENTINA
Cómo hacer funcionar
la democracia

Robert D. Putnam, con Robert Leonardi y Raffaella Y. Nanetti. Making Democracy Work. Civic traditions in modern Italy (Princeton University Press, 1993)

Por José Eduardo Jorge
Director de Cambio Cultural

¿Por qué algunos gobiernos democráticos son exitosos mientras otros fracasan? Esa es la pregunta central que Robert D. Putnam intenta responder en Making Democracy Work, un libro que ha recibido gran atención en EEUU y el resto del mundo. Basado en un estudio de campo realizado en Italia durante dos décadas, el trabajo ofrece una amplia evidencia empírica sobre la importancia del capital social representado por la "comunidad cívica" en el desarrollo y el desempeño de las instituciones democráticas.

Nacido en 1940 en Port Clinton, Ohio, Putnam, que actualmente se desempeña como profesor de Política Pública y director del Saguro Seminar en Harvard, es el principal exponente de la utilización del concepto de

capital social en ciencias políticas (1). Entre nosotros la noción ha sido difundida casi exclusivamente a través del trabajo de Francis Fukuyama (Confianza, 1995), donde en rigor se exploran sus relaciones con el desarrollo económico.

Putnam alcanzó notoriedad adicional a partir de su artículo *Bowling Alone* (*Journal of Democracy*, 1995), en el que sostenía que el capital social de EEUU estaba declinando desde hacía 25 años. Presentó allí cifras elocuentes de disminución de la participación política, pertenencia a asociaciones locales y vecinales, lectura de periódicos y confianza en el gobierno, que contribuían a explicar la creciente proporción de ciudadanos que cuestionaban la efectividad de las instituciones públicas. Posteriormente profundizó el análisis en un libro con el mismo nombre (2000). Allí señalaba como una de las causas más importantes del fenómeno al proceso de recambio generacional: los baby boomers y la Generación X estaban menos comprometidos que sus mayores en la vida comunitaria. Sus trabajos le valieron ser invitado por Bill Clinton y Tony Blair a exponer sus ideas en Camp David y Downing Street.

La experiencia italiana de descentralización

En *Making Democracy Work* el autor realiza un estudio sistemático del desarrollo y adaptación de las instituciones públicas a su entorno social, a partir del experimento italiano de creación de gobiernos regionales, que se puso en marcha en 1970 rompiendo con una larga tradición de centralización política.

El cambio en las instituciones formales ¿produce una transformación de las prácticas políticas y de los modos de gestión de gobierno? ¿Depende la efectividad de una institución gubernamental de su entorno social, económico y cultural? Valiéndose de un vasto conjunto de estudios por encuesta, entrevistas cualitativas, ingeniosos experimentos y datos secundarios, Putnam encontró al cabo de 20 años de investigación que el desempeño de los nuevos gobiernos regionales en el Norte y el centro de Italia era muy superior al de los localizados en el Sur, a pesar de que éstos contaban con recursos financieros (provistos por el gobierno central) iguales o mayores (2).

La nueva estructura institucional descentralizada sí contribuyó, tanto en el Norte como en el Sur, a desarrollar "un nuevo modo de hacer política": "Al principio -explica Putnam-, los nuevos legisladores habían traído con ellos una concepción de las relaciones sociales y políticas que era esencialmente de suma-cero, girando en torno a conflictos en esencia irreconciliables. Este enfoque, enraizado en las disputas sociales e ideológicas del pasado italiano, predisponía a los legisladores a la estridencia y ponía trabas a la colaboración práctica" (p. 34.)

Con el paso de los años se produjo un cambio profundo en la cultura política, que pasó del conflicto ideológico a la cooperación, del extremismo a la moderación, del dogmatismo a la tolerancia, de la doctrina abstracta al gerenciamiento práctico, nada de lo cual excluía el conflicto y la controversia, pero con el énfasis puesto ahora en el "buen gobierno".

Una conclusión fue que el ritmo del cambio institucional es lento: pueden pasar décadas hasta que una nueva institución tenga efectos distintivos sobre la cultura y la conducta política.

Sin embargo, los efectos no fueron igualmente positivos cuando lo que se analiza es el desempeño de los gobiernos regionales que, en lugar de mitigar, exacerbaban las históricas disparidades existentes entre el Norte y el Sur de la península.

Putnam parte de la idea de que una institución democrática tiene alto desempeño si es sensible a las demandas de los ciudadanos y efectiva utilizando los recursos limitados con que cuenta para satisfacer esas demandas.

Para evaluar el desempeño de los gobiernos regionales construyó un índice haciendo uso de doce indicadores, por ejemplo la estabilidad de los gabinetes, la puntualidad en la presentación del presupuesto, la innovación legislativa, los consultorios familiares por cada mil habitantes creados por cada gobierno con fondos provistos por las autoridades centrales y la capacidad de respuesta de la administración a los requerimientos de particulares.

El desempeño superior de los gobiernos del Norte respecto a los del Sur se extendía a la mayoría de los indicadores, perduraba en el tiempo y además era reconocido, independientemente de la medida objetiva proporcionada por el índice, por los mismos ciudadanos y dirigentes de la comunidad.

¿Cómo explicar estas diferencias? Putnam plantea dos hipótesis principales, según las cuales la causa de los distintos desempeños residía en 1) el desigual desarrollo socioeconómico, o 2) la "comunidad cívica", es decir, por los modelos desiguales de participación cívica y solidaridad social.

La democracia está fuertemente correlacionada en todas partes con la modernización socioeconómica y es sabido que la economía del Norte de Italia es mucho más avanzada que la del Sur. Pero el problema de esta interpretación es que no explica las diferencias de desempeño gubernamental entre las regiones desarrolladas. Por ejemplo, Lombardía, el Piamonte y Liguria eran más ricas que Emilia-Romaña y Umbría, que contaban con gobiernos mucho más exitosos. Por otro lado, no debe olvidarse que los fondos para las nuevas instituciones eran provistos por el gobierno central, con un criterio redistributivo que favorecía a las regiones más pobres.

La "comunidad cívica"

La evidencia favorece a la segunda hipótesis: el desigual desempeño de los gobiernos se explicaba por la diferente calidad de la "comunidad cívica" de las regiones. Al detenerse brevemente en los aspectos teóricos y filosóficos del concepto, Putnam nos recuerda que ya en la Florencia del siglo XVI Maquiavelo y sus contemporáneos habían llegado a la conclusión de que el éxito de las instituciones libres dependía de la "virtud cívica" de los ciudadanos. Esta escuela "republicana" fue luego eclipsada por Hobbes, Locke y otros que pusieron el acento no en la "comunidad", sino en el individualismo y los derechos individuales. La constitución norteamericana, con sus controles y balances, intentaba asegurar la democracia contra los ciudadanos "no virtuosos". Pero en años más recientes la filosofía política norteamericana reabrió el debate entre el individualismo liberal clásico y la tradición comunitaria, sostenida por los neo-republicanos.

El objetivo de Putnam es encontrar evidencia empírica para iluminar un debate que hasta ese momento se desarrollaba en un terreno filosófico. Desde un punto de vista práctico, la "comunidad cívica" comprende, según él, cuatro aspectos esenciales:

Compromiso cívico, que se traduce en la participación de la gente en los asuntos públicos. La "virtud cívica" no implica necesariamente "altruismo", sino "interés propio bien entendido", que implica pensar en los beneficios a largo plazo para el individuo o grupo que surgen de cooperar con los demás. La ausencia de "virtud cívica" está ejemplificada en el "familismo amoral" que halló Edward Banfield como componente central del ethos de Montegrano durante su investigación realizada en los años 50 en esa pequeña aldea del Sur de Italia: "Maximiza la ventaja material y de corto plazo de la familia nuclear; asume que todos los demás harán lo mismo". Para Banfield, la extrema pobreza y el atraso de Montegrano se explicaban en buena medida por la incapacidad de los aldeanos para actuar juntos por un objetivo común o algo que fuera más allá del "interesse" de la familia nuclear (3).

Igualdad política, es decir, los mismos derechos y obligaciones para todos. Esto significa relaciones horizontales de reciprocidad y cooperación, no las verticales de autoridad y dependencia como las que se establecen entre "patrones" y "clientes". En este contexto, el liderazgo político es un liderazgo democrático.

REFERENCIAS

(1) Son antecedentes del desarrollo del concepto los trabajos de Jane Jacobs, Pierre Bourdieu y James Coleman, entre otros. Volver

(2) Las regiones tenían capacidad para legislar en materia de salud, vivienda, planeamiento urbano, agricultura y obras públicas, entre otras áreas. El gobierno central transfirió numerosos servicios y recursos, al tiempo que se crearon decenas de miles de nuevos puestos administrativos. A comienzos de los años 90, el gasto de los gobiernos regionales alcanzaba la décima parte del PBI. Volver

(3) El trabajo de Edward Banfield, *The moral basis of a backward society* (ed.orig.: Free Press, 1958), será objeto más adelante de otro comentario en Cambio Cultural. Volver

Isidoro Cheresky: la crisis de representación política **2 de julio de 2002**

La movilización ciudadana que se manifestó en diciembre pasado "es sorprendente para los tiempos que corren" y, después de ella, "la vida política argentina ya no será lo que era", afirmó el Dr. Isidoro Cheresky en una conferencia sobre "Crisis de representación política y nueva ciudadanía".

Cheresky expuso el lunes 1 de julio en el Ciclo La Universidad y la Argentina de Hoy, que fue organizado por la Secretaría General y el departamento de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata y auspiciado por Cambio Cultural.

El expositor es Doctor (nouveau régime) de Toulouse le Mirail y Licenciado en Sociología (UBA). Es director del doctorado en Ciencia Política (UB), profesor titular UBA e Investigador del Conicet.

La movilización ciudadana

Cheresky inició la disertación señalando que si bien los temas de la representación política y la ciudadanía son "remanidos", actualmente tienen "una significación aguda". "Desde la movilización ciudadana que se manifestó en diciembre pasado; después de la interrupción del mandato presidencial, de la sucesión de presidentes; en un contexto donde la escena política abre un signo de interrogación, el significado de esos términos ha cambiado".

Respecto al tema de la ciudadanía "hay un gran problema de interpretación. Estamos frente a una gran novedad. La vida política argentina ya no será lo que era y hay ciertas pautas de lo que puede ser en el futuro".

"La crisis de representación -acotó- está ante nuestros ojos. Su manifestación ha sido una movilización ciudadana a espaldas e incluso de hostilidad hacia la representación política, hacia los partidos políticos. Incluso afecta la relación con los sindicatos, la justicia y otras instituciones".

Esta movilización es "sorprendente para los tiempos que corren", pues "sucede a contramano de lo que fueron los rasgos dominantes de nuestra sociedad y las sociedades contemporáneas en general", donde la presencia política está cada vez más limitada al acto de votar. La "autonomización respecto a los partidos" se produce en una sociedad donde "las identidades políticas fueron, durante décadas, muy rígidas".

El Estado y la crisis de autoridad

Para Cheresky "esta independencia ciudadana es la contrapartida de una crisis de las instituciones públicas", de una "crisis de autoridad" que tiene diferentes niveles. Por un lado, se encuentra la crisis de autoridad del Estado que, "entendido como firmante del orden público, ha fracasado".

El primer aspecto es "la capacidad del Estado de poder hacer tributar a los argentinos. El Estado tiene una función que supone ciertos gastos generales y cierta función redistributiva. Pero eso supone que la participación en los gastos comunes sea aceptada". Sin embargo, "en la Argentina no se pagan impuestos. Es una rebeldía frente a los compromisos comunes. No sólo no pagan impuestos los poderosos. No lo hacen los profesionales, los universitarios, es decir, los llamados sectores medios y altos de la sociedad".

El segundo aspecto es "el modo como el Estado distribuye", pues "funciona muy poco sobre la base de criterios universalistas". Así, por ejemplo, "los planes sociales no son universalistas. Para acceder a ellos no debería hacer falta ser amigo de nadie. La ayuda social va acompañada de la opresión política. Quien se beneficia de las políticas sociales adquiere una deuda. Eso es el clientelismo".

Cheresky indicó que "hoy estamos de rodillas por culpa de la deuda y yo no participo de la idea de que somos víctimas de una corporación internacional. Esa deuda se contrajo en los 90 por una crisis de autoridad del Estado, para reproducir ese particular modo de opresión política que es el clientelismo".

"Normalmente -agregó- un Estado democrático es un Estado de derecho. El imperio de la ley supone que hay instituciones que aseguran el orden público y que son confiables. Vivimos en una sociedad que está cerca del estado de naturaleza, que se caracteriza por una guerra de todos contra todos".

Puntualizó que esa situación "ha llevado a una extrema dependencia con el mundo, a una extraordinaria pérdida de soberanía y a extraordinarios límites para la decisión política. Esta crisis de autoridad, la incapacidad de hacer promesas y cumplirlas, son evidentes para cualquier inversionista".

Desagregación política e institucional

Un segundo nivel de la crisis de autoridad se relaciona con el "problema de la autoridad pública y la evolución del sistema político argentino". A partir de diciembre de 1999, el gobierno de la Alianza experimentó una "crisis creciente en la representación política".

Subrayó Cheresky que "el gobierno de De la Rúa tenía una debilidad institucional inicial. Ganó de un modo contundente, con 10 puntos de diferencia sobre su rival y en 22 de los 24 distritos. Pero para los otros cargos, como gobernador, la Alianza ganó en sólo 8 distritos. Eso ya era una gran novedad. Pero De la Rúa llegó al gobierno con las principales provincias en manos de la oposición, con mayoría en Diputados pero no en el Senado".

Aunque lo anterior era "una debilidad inicial", la crisis fue evolucionando "en el sentido de un fraccionamiento del poder". Un punto determinante en los problemas de la coalición de gobierno fue la crisis del Senado por la venta de votos en el tratamiento de la reforma laboral, que condujo a la renuncia del vicepresidente Carlos Álvarez y al "comienzo de la desagregación de la Alianza".

La importancia de estos acontecimientos reside en que "la Alianza tuvo desde el principio una gran dificultad para remontar la crisis económica, pero era depositaria de una gran esperanza en la renovación política, que se derrumbó con la crisis del Senado. La opinión pública estaba convencida de que esa corrupción había existido y el gobierno apareció bloqueando la investigación. De este modo se produjo en la opinión pública una fisura irreparable: se comenzó a no esperar nada de ese gobierno".

A partir de ese momento "el Frepaso comenzó a desaparecer como fuerza política. También el radicalismo inició un proceso de desagregación, que continúa. Se llegó a la elección de octubre de 2001 sin candidato oficialista. Todos hacían campaña contra el presidente, incluyendo los candidatos de la Alianza".

También el peronismo experimenta un proceso de desagregación, del que es un ejemplo la tensión entre Carlos Menem y Eduardo Duhalde. Hay además una "desagregación institucional", que se observa en la "autonomización y rebeldía de los gobernadores".

Sin embargo, esa clase política fragmentada "mantenía paradójicamente cierta cooperación política", como en el "modelo de funcionamiento parlamentario conocido como 'sistema Jaroslavsky'", en el que la oposición no bloquea sino que da quórum para la votación de las leyes. Pero este mecanismo "no fue acompañado por la clarificación política. Desde la crisis del Senado la ciudadanía común adquirió la convicción fundada de que estaba frente a una corporación política".

"Yo no creo que exista una corporación política -dijo Cheresky-. Lo que no ha existido, por sobre todo, es la capacidad de restablecer la diferenciación política. Yo creo que esta situación es la que llevó a un extremo malestar de los ciudadanos hacia los políticos".

El tercer nivel de la crisis de autoridad es la "debilidad de la figura presidencial". El gobierno de De la Rúa plantea el problema del "creciente peso de la personalidad sobre el destino institucional". El funcionamiento

de la vida pública ha cambiado. "Los partidos tradicionales, de masa, programáticos, ideológicos, que dan una identidad fuerte, entraron en crisis hace bastante tiempo".

La Alianza fue "un movimiento de rechazo completamente heterogéneo", en el que confluyeron dos grandes grupos de votantes: los "sectores perjudicados por el tipo de modernización" que había tenido lugar en los años 90 y a "los descontentos con ese modo de gobierno" caracterizado por "el decisionismo y un equipo de gobierno que no se correspondía con las aspiraciones legítimas de moralidad" de la ciudadanía.

Aunque la Alianza "podría haber pensado en instituir una nueva cultura" política, el candidato presidencial se eligió en un función de otro criterio: el de alguien que "pudiera captar esa heterogeneidad". Un aspecto vinculado es el de la "fragilidad de los liderazgos sustentados en encuestas", a raíz de la naturaleza cambiante de los estados de opinión.

Caceroleros y piqueteros

En este contexto "se ha producido una movilización social inédita. Hemos visto movilizarse a actores que no corresponden con lo que los sociólogos esperaban. Los caceroleros y los piqueteros no corresponden con el paradigma de las clases sociales". Cheresky apuntó que "hay quienes piensan que estos actores son efímeros y serán reemplazados por otros. Yo creo que no son efímeros".

Si bien "esta presencia pública fue inesperada, la sociedad argentina ya había empezado a cambiar mucho, porque se había debilitado la cautividad política. La ilustración era esa presencia tan particular de la fluidez ciudadana que son las encuestas de opinión", el hecho de que los políticos "comenzaran a ligar su rumbo a los resultados de las encuestas".

"Hay todo un debate -añadió- respecto a la movilización de diciembre de 2001 que se ha dado en llamar 'cacerolazo'. Hay quienes la vieron, con mucho escepticismo, como una cuestión de intereses lesionados: los ahorristas. En el otro extremo es vista más como el deseo de participación en la vida cívica y hay una exaltación de las asambleas vecinales".

"Para mí -dijo Cheresky- hay que prestar mucha atención al momento inicial o fundante que es lo sucedido en la noche del 19 de diciembre. Ya en su fenomenología el movimiento es inusual: el ruido de las cacerolas en los balcones, en las calles, la gente que se reunía en los cruces de las calles o se concentraba en las plazas".

"El impacto del cacerolazo fue demoledor. Era un plebiscito, porque transmitió la impresión de que era un movimiento de todos". No era un movimiento sino "un estallido. No invocaba un reclamo o una reivindicación", sino que era una expresión convocada por "un discurso presidencial a espaldas de lo que estaba pasando en el país". Debido a que el presidente había declarado el estado de sitio, "el primer significado de esa movilización era la desobediencia civil".

A pesar de que en los cacerolazos no hubo más de 20 mil ó 15 mil personas, el sonido espontáneo de las cacerolas y su transmisión por televisión tenía un significado de "veto masivo al gobierno", lo que "sale completamente del paradigma tradicional" de las grandes movilizaciones de los partidos tradicionales.

De este modo, "se instala la idea del poder en la calle". Una semana después cae Rodríguez Saá. Si bien el presidente interino perdió el respaldo de los gobernadores, "el detonante de la situación fue el rechazo ciudadano a la conformación del gabinete".

El resultado es "una sociedad que se pronuncia negativamente y cuya fórmula enigmática es 'que se vayan todos'. Esa es la expresión de una profunda crisis de representación. No hay ninguna alternativa al 'que se vayan todos'. Sin embargo, "esta movilización no es contra las instituciones democráticas. Va en el sentido de un reclamo de renovación de la representación política".

El 19 de diciembre hay "un movimiento ilegal", pero que no tuvo un significado "anticonstitucional" o "antidemocrático". La intervención ciudadana "tuvo un sentido de regulación política", al desbloquear una "situación de parálisis" presidencial y dar lugar a la reunión de la Asamblea Legislativa.

A partir de ese momento se abre una crisis continua y "la situación sería aún más grave si no estuviera esa presencia ciudadana reguladora que supone un cuestionamiento a la representación política". Actualmente "nadie supone que se pueda volver al pasado. Se terminó la movilización de las cacerolas y las asambleas están en semirreceso, pero hay la idea de una ciudadanía en alerta. Lo que se discute entre los políticos nuevos, los viejos y los que quieren emerger es cómo reconstituir la representación política".

El proceso cuenta con "potencialidades variadas". Una posibilidad es que esta nueva movilización lleve a "una reconstitución de la sociedad civil, una mayor presencia permanente de los ciudadanos". Habermas muestra cómo "la presencia ciudadana no sustituye a las instituciones pero tiene una función de influencia".

Sin embargo, "si uno no quiere cerrar los ojos debe ver también que esa movilización encierra la posibilidad de una derivación en otras direcciones". Así, "con la experiencia muy importante de las asambleas barriales apareció también la dificultad" del proceso, "la tentación de la acción directa" como los "escraches", que pueden conducir a los enfrentamientos civiles. Indica "un peligro, que es el de una activación social muy vasta pero que no se ve acompañada de propuestas" y que tiene, como una posible derivación, la "búsqueda de chivos expiatorios".

Otro nivel de movilización es el vinculado con la exclusión social y la pobreza. Para Cheresky, "los excluidos, los desocupados, no son básicamente un actor", pues "lo que crea la exclusión es la ruptura de los lazos de pertenencia", que conduce al individualismo. Sin embargo, ambos "pueden tener una forma de presencia pública cristalizándose colectivamente en la protesta".

"El recurso de la huelga -explicó- es el de parar un recurso productivo. En el excluido el recurso es el bloqueo, el corte de ruta". Pero los desocupados no se organizan, sino que hay "grupos de representación virtual". Cuando 500 personas cortan un puente, "su fuerza es esa virtualidad de estar expresando una realidad que es reconocida socialmente como la injusticia de la exclusión. Además, los desocupados que se transforman en piqueteros lo hacen fundamentalmente por intervención de sectores externos, como la CTA.

El hecho de que la mitad de la población argentina se encuentre por debajo de la línea de pobreza habla de "los límites extraordinarios que aparecen para la vida política. Estar bajo el imperativo de la necesidad no lleva a la política sino a la desesperación" y, si bien algunos se organizan políticamente, "esa representación es inestable", pues otro día las mismas personas están en un saqueo.

Según Cheresky "el futuro político y general de la Argentina es dudoso", pues sería necesaria "la constitución de liderazgos políticos nuevos o viejos" y "la recuperación de un marco de soberanía que haga posible el ejercicio de la decisión política". Actualmente "nuestras posibilidades electivas son mínimas y ello será así por bastante tiempo", aunque "no creo que haya que sobreactuar la dependencia ni romper con el mundo".

Por último, Cheresky destacó que "la movilización ciudadana encierra un significado no diría optimista, pero sí de alentar la renovación política".

EL FRACASO DE UNA GENERACIÓN

La crisis de la dirigencia

Por José Eduardo Jorge*

No ha sabido gobernar ni tiene un proyecto de país. No representa a las nuevas generaciones que ya son la mayoría.

Llegó el momento de la renovación

*Director de Cambio Cultural

Enero de 2002

Versión para imprimir

La crisis de nuestra dirigencia política se ha convertido en un tema común de discusión, en los medios y en la calle. El problema en sí no es nuevo, pero el doloroso transcurso del año 2001 y su trágico final lo dejaron finalmente a la vista de todos.

Analizar las causas y las posibles vías de salida de esta crisis, paralela a la económica, es un ejercicio complejo y polémico. Es obvio que los dirigentes políticos no son los únicos responsables de la difícil situación del país. La Argentina actual es una obra colectiva y en otra parte hemos procurado mostrar que sus problemas tienen profundas raíces culturales (ver nota.) Pero la dirigencia de una nación (política, empresaria, intelectual, sindical) tiene una función y una responsabilidad específicas, y no es posible absolverla con el argumento fácil de que es una expresión de lo que somos (o hemos sido) como sociedad.

La crisis y la opinión pública

A lo largo del año 2001 la crisis política y la económica se alimentaron una de la otra, en una espiral que ha terminado en una hecatombe y que sin embargo bien puede agravarse. Pero la primera tiene sus propias causas. Recordemos que su eclosión se produce con la renuncia del vicepresidente Carlos Alvarez, un conflicto con origen y desarrollo en el seno del sistema político.

Aunque fugazmente, Alvarez alcanzó con sus denuncias de corrupción en el Senado un espectacular pico de popularidad, que poco después emuló la diputada Elisa Carrió: ambos estaban traduciendo a su modo el clima general de opinión. Las frustraciones sucesivas en el esclarecimiento de los hechos han agravado la espiral de descrédito, que barre como un huracán a denunciados, denunciantes y a todo el sistema político y judicial. A esto se suma el pobre desempeño de los actores políticos frente al hundimiento de la economía.

Los estudios de opinión pública realizados antes del derrumbe final del gobierno de De la Rúa ya mostraban el grado de madurez con el que la población diagnosticaba y proponía soluciones para la crisis. La corrupción aparecía en segundo lugar, después del desempleo, en el orden de preocupaciones de la gente. La gran mayoría de los argentinos está insatisfecha con el funcionamiento de las instituciones políticas y piensa que los dirigentes sólo defienden sus privilegios. Sin embargo, también la enorme mayoría opina que la democracia es preferible a cualquier otro sistema. La mitad de los argentinos cree que los problemas del país se solucionarán sólo con una dirigencia honesta. Apenas un pequeñísimo porcentaje se inclina por un liderazgo "fuerte".

Quienes votaron en blanco o anularon el sufragio en la elección legislativa de octubre son quienes defienden más firmemente el sistema democrático frente a cualquier otra forma de gobierno, pero descreen por completo de la actual dirigencia, a la que no consideran capacitada para solucionar los problemas del país. El suyo no fue un voto desesperanzado: la mayoría esperaba contribuir así al proceso de cambio (1).

Al hacer referencia a la madurez de la población no pretendemos idealizar al ciudadano medio. La corrupción es un fenómeno cultural y no está limitado a las instituciones políticas ni a los sectores dirigentes. No son lejanos los días en los que se usaba la expresión "roba, pero hace", para aprobar la gestión de un gobernante del que, con justicia o no, se creía que tomaba para sí fondos públicos pero garantizaba cierto grado de respuesta a nuestros problemas. Ese contrato tácito se ha roto, porque con el ejercicio democrático hemos aprendido, en forma reflexiva o por ensayo y error, que así la corrupción se multiplica y los problemas no se resuelven. (Por ahora, mientras seguimos aprendiendo, somos menos sensibles a otros actos de corrupción, como la evasión impositiva y el trabajo "en negro".)

La crisis económica terminal, la percepción de corrupción generalizada, los inflados presupuestos legislativos, la ostentosa vida pública de muchos políticos, en abierto contraste con las estrecheces económicas de la gente común, hacen que ésta reclame ante todo una reducción de los gastos de la política, que sin duda es necesaria tanto por razones éticas como financieras.

Sin embargo, la crisis de la dirigencia es mucho más profunda y su solución no llegará con sólo gastar menos o disminuir el número de cargos legislativos. La eliminación de las listas sábana es un paso más certero en la

dirección correcta, pues pone un límite cierto a la rotación infinita de las mismas caras y a la extendida designación de familiares, amigos y protegidos. Esa es la razón por la cual esta propuesta encuentra una resistencia tenaz en el corazón de la dirigencia política.

La falta de un proyecto de país

El otro problema de fondo es que la actual generación de dirigentes, que se formó mayoritariamente en los años sesenta y setenta, ha fracasado en gobernar al país en los últimos veinte años, carece de un proyecto de nación y no está interesada siquiera en alcanzar consensos aun cuando la Argentina atraviesa una situación límite.

Claro que la responsabilidad alcanza también a la dirigencia empresaria y a una generación de intelectuales que no se ha mostrado capaz de pensar el país, atrapada entre el anacronismo setentista y un economicismo sin visión estratégica.

Llegamos así a uno de los nudos del problema. Un proyecto de país es, por definición, estratégico, y requiere una dirigencia política, empresaria e intelectual visionaria que, partiendo de un diagnóstico correcto del presente, sueñe un país con el que la sociedad se pueda identificar y motivar. Las personas aceptan los sacrificios cuando el objetivo vale la pena.

Aquí la palabra clave es soñar. Un proyecto de país es una apelación a la voluntad. La auténtica visión estratégica consiste en un sueño. Realista, pero no demasiado, pues limitar las aspiraciones conduce a la mediocridad.

Por supuesto que este proyecto no es una ingeniería totalitaria ni requiere ser formulado por escrito. Puede ser inclusive un contrato tácito o un consenso sobre cuestiones básicas, abierto en gran medida, entre los principales actores sociales. Pero exige una capacidad y una inspiración que parece superar las posibilidades de esta generación de dirigentes.

El único sueño de la mayoría de nuestros políticos ha sido durante mucho tiempo dejar todo el problema en manos de algún técnico al frente del ministerio de economía. Vana esperanza, aunque no falten candidatos voluntariosos para la tarea, acaso animados por el exceso de confianza que ha ganado últimamente a esta disciplina. Pero las matemáticas de la economía están a eones de distancia de las ecuaciones de la psicohistoria de Isaac Asimov. Hasta que éstas sean desarrolladas, durante los próximos nueve mil años seguiremos necesitando dirigentes y emprendedores con visión y, entre los técnicos, no sólo economistas, sino también sociólogos, psicólogos, educadores, médicos y demás representantes de la diáspora de las ciencias humanas, a fin de contar con adecuadas políticas en todas las áreas.

Hace un cuarto de siglo, un funcionario de la dictadura militar dijo que el mercado decidiría si la Argentina produciría acero o caramelos. Hoy el país tiene en las dos áreas empresas de clase mundial, que han sido resultado del esfuerzo humano, no de las "ventajas comparativas", si recordamos que, por ejemplo, el mineral de hierro se importa desde Brasil.

Un proyecto de país no puede fundamentarse exclusivamente en la aplicación mecánica del concepto de ventajas comparativas, diciendo simplemente que debemos agregar valor a nuestros productos primarios. De haber utilizado ese criterio, Japón sería hoy un exportador de prendas de seda o, como mucho, de sismógrafos. El concepto de ventajas competitivas, las que son principalmente creadas por el hombre y no existentes en la forma de recursos naturales o provocadas por una política devaluatoria, está notoria e inexplicablemente ausente en el discurso económico predominante en la Argentina.

La brecha generacional

Es tiempo de preguntarnos cómo es que tenemos una dirigencia con tan pocas luces y tan desprestigiada ante la población, que no puede compararse ni siquiera con la de nuestros pequeños vecinos chilenos o uruguayos. Hasta que la sociología política nos dé una explicación detallada, apuntemos algo que ya se ha hecho evidente para todos: entre nuestros políticos hay muy poca gente joven. Es casi imposible pensar en nuestro país en un presidente de algo más de 40 años, como lo han sido Aznar, Blair o el mismo Putin.

Casi todos nuestros actuales dirigentes se formaron en los años sesenta y setenta. Tras la devastación dejada por el proceso militar, el aprendizaje político había estado congelado durante largos años y ellos ocuparon rápidamente todos los espacios creados por la vertiginosa restauración democrática post Malvinas. El aprendizaje volvió a empezar, pero los hábitos autoritarios y otros rasgos culturales que no desaparecen fácilmente (ver nota), en particular las prácticas clientelísticas, el familismo y el amiguismo, conspiraron contra la renovación.

Rotando de un cargo a otro, apelando a los modos tradicionales de hacer política, los mismos dirigentes se han mantenido allí durante casi veinte años. Intentan comprender el mundo del siglo XXI con los paradigmas de treinta o cuarenta años atrás. Pero durante las últimas dos décadas la sociedad ha madurado y nuevas generaciones, sin experiencia política antes de la recuperación democrática de 1983, se han convertido en la nueva mayoría de la pirámide demográfica. La vieja dirigencia no las representa. Este hecho anuncia que su crisis es terminal.

Veamos esto con más detalle. La idea es que las personas sin experiencia política antes de 1983, digamos las que hoy tienen como máximo 43 años, poseen mayoritariamente ideas, valores, aspiraciones, distintos a los de la actual dirigencia, con la que no se sienten identificadas. Apelemos, hasta que se disponga de más datos del último Censo Nacional, a las proyecciones de población del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (2). Las personas que no tuvieron experiencia política antes de 1983 eran en 1985 el 24% de la población de 18 años y más; en 1995, el 45%; en el **año 2000**, finalmente, el **55%, la mayoría**. En el año 2005 serán el 65%. **El colapso de la actual dirigencia es cuestión de tiempo.**

Claro que lo mejor sería que los **partidos políticos** encararan seriamente la **renovación** de sus dirigentes, cambiando sus prácticas por otras más horizontales y democráticas. ¿Darán un paso al costado, permitiendo su reemplazo por gente más joven? Sus antecedentes no lo hacen probable.

Por otro lado, **la idea de que no hay dirigentes jóvenes porque los jóvenes no quieren participar en política es cínica**. Lo que los jóvenes rechazan, conscientemente o por una cuestión de piel, es todo un modo de hacer política, que empieza por exigir lealtad a un patrón ("estar con fulano" o "estar con mengano"), sigue por involucrarse en la interna de una interna de una interna, continúa en la lucha por los espacios de poder que se convierten en un fin en sí mismos, y termina en seguir siendo leal al patrón o, eventualmente, cambiar de patrón...

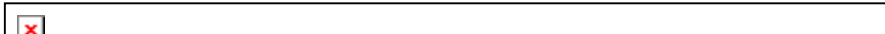
Es necesario **cambiar las prácticas políticas**, lo que no significa ser ingenuos o convocar a los jóvenes "que no estén interesados en ocupar cargos", como intentó hacerlo Chacho Álvarez. El objetivo ha de ser aumentar el **compromiso cívico**, la **participación ciudadana**, las **relaciones políticas igualitarias**, la cooperación, la tolerancia... Pero todo esto lleva tiempo.

Mientras tanto, el hundimiento de la economía no encuentra piso y, al profundizar la crisis política y alimentarse de ella, crea una **curva exponencial de deterioro** que, al proyectarse, hace temer que la Argentina pueda pasar por momentos aún más dolorosos. Nuestros recursos humanos, culturales y naturales, la creciente conciencia cívica, el inevitable recambio generacional, permiten a pesar de todo **ser optimistas**. Con un **cambio cultural**, la Argentina se recuperará, aunque tal vez debamos pasar por otro trauma.

[Hacenos llegar tu opinión](#)

Derechos de autor reservados - Ley 11.723

Cambio Cultural



REFERENCIAS

(1) Ver **La Nación**: "Desempleo, corrupción y pobreza, prioridades", 25/11/01; "La honestidad de los políticos", 4/11/01; "El 70% está insatisfecho con las instituciones políticas", 28/10/01; "El 67% prefiere el voto voluntario", 21/10/01. **Clarín**: "Urgente necesidad de un cambio", 21/10/01; "El voto bronca unió descreimiento y ganas de cambiar la realidad", 16/10/01. ([Volver](#)) [encuestasb](#) [encuestasb](#)

(2) www.indec.mecon.gov.ar. Los datos se tomaron del cuadro correspondiente a la "**Proyección de población por edad y sexo. Total del país. Años 1950-2050**", INDEC-CELADE 1995, Serie Análisis Demográfico 5. Para el año 2000 esta proyección estima una población total de 37.031.803, mientras que el Censo Nacional 2001 arrojó un resultado provisional de un millón menos: 36.027.041. ([Volver](#)) [indec](#) [indec](#)

¿Cuál es el mejor sistema electoral para la Argentina?

Los modelos más utilizados en el mundo son el de Mayoría Relativa y el de Representación Proporcional por Listas. Ambos tienen ventajas y problemas, que buscan ser compensados por otros esquemas, como la Representación Proporcional Personalizada, el Voto Alternativo y el Voto Único Transferible

Agosto de 2002

En el intenso debate sobre la necesidad de una reforma política en nuestro país se han propuesto diversos tipos de modificaciones del régimen electoral. El objetivo de esas iniciativas es mejorar la calidad de la representación política y, en particular, la relación entre los ciudadanos y los legisladores, que se ha debilitado de modo acentuado en los últimos años.

Aunque los factores históricos y culturales tienen una marcada influencia en los problemas que experimenta hoy nuestra vida política, la naturaleza del sistema electoral juega un papel importante al promover o desalentar ciertos tipos de comportamiento, por ejemplo, la cooperación, la fragmentación o el conflicto entre los actores políticos, así como el distanciamiento o relaciones más estrechas entre ciudadanos y representantes.

El sistema electoral es considerado la institución central del sistema político. Por ese motivo, muchos dirigen la atención a las experiencias de otros países en busca de ejemplos para corregir los defectos de nuestro propio modelo.

En el mundo se aplica una amplia variedad de sistemas electorales, aunque dos de ellos, el de mayoría relativa y el de representación proporcional por listas -vigente en la Argentina-, rigen en el 65% de los Estados que realizan elecciones parlamentarias. Sumando otros dos, el de doble ronda y el paralelo, se alcanza al 89% de los países. Algunos de los esquemas más recomendados por los expertos, como el voto único transferible, el voto alternativo y la representación proporcional personalizada, son utilizados actualmente por unas pocas naciones.

Los sistemas electorales en el mundo

Sistema N° de Países % de Países Ejemplos

MAYORÍA RELATIVA 70 33,2 EEUU, Gran Bretaña

REPRESENTACIÓN PROPORCIONAL POR LISTAS 67 31,8 Argentina, Brasil, España, Austria

DOBLE RONDA 31 14,7 Francia

PARALELO 20 9,5 Japón, Rusia
VOTO EN BLOQUE 10 4,7 Filipinas
REPRESENTACIÓN PROPORCIONAL PERSONALIZADA 7 3,3 Alemania, Nueva Zelanda
VOTO ÚNICO TRANSFERIBLE 2 0,95 Irlanda
VOTO ÚNICO NO TRANSFERIBLE 2 0,95 Taiwán, Jordania
VOTO ALTERNATIVO 2 0,95 Australia
TOTAL 211 100,0 --

Fuente: Ace Project (www.aceproject.org)

Antes de analizar los modelos de interés para la reforma política en la Argentina, observemos que un sistema electoral se define como un conjunto de procedimientos por los cuales las preferencias de los ciudadanos se convierten en votos y esos votos se transforman en cargos ganados por partidos y candidatos.

Los componentes más importantes del sistema son el modo de selección de los candidatos, es decir, si hay o no monopolio de los partidos; la magnitud de las circunscripciones, que se refiere no a la cantidad de votantes sino al número de representantes que se eligen en ellas (en los distritos uninominales, sólo uno; en los plurinominales, dos o más); la fórmula electoral utilizada, esto es, si el sistema es de mayoría o proporcional y el método matemático que se aplica para determinar la distribución de los cargos; el umbral, que es el mínimo de votos necesarios para acceder a la distribución de las bancas.

El sistema de mayoría relativa

Debido a la creciente insatisfacción de los argentinos con su representación parlamentaria -percibida como distanciada de las necesidades e intereses de los votantes que, además, tienen escasas posibilidades de control y selección de los candidatos-, hay quienes proponen la adopción de un sistema de distritos uninominales en el que sea elegido un único representante de cada región geográfica por algún método de mayoría.

El sistema de mayoría relativa (o simple mayoría) es aplicado por el 33% de los Estados, entre otros Gran Bretaña y Estados Unidos. El representante elegido en un distrito uninominal es el que logra el mayor número de votos, aunque no haya obtenido la mayoría absoluta. Por esta razón este sistema es catalogado también como "el ganador se lleva todo" (winner-take-all.)

El procedimiento tiene ventajas que, en una primera impresión, parecen ofrecer una solución a los problemas que afronta nuestro sistema político. Debido a que los legisladores están vinculados a una zona determinada de una ciudad o región, hay una relación más estrecha entre los ciudadanos y sus representantes. En lugar de tener que elegir entre listas partidarias con largas nóminas de candidatos mayoritariamente desconocidos, los votantes pueden optar por una persona -a veces independiente- juzgando sus cualidades, antecedentes y actuación previa.

Sin embargo, el sistema posee aspectos negativos. Uno de los principales es que genera una gran cantidad de votos "desperdiciados": si un candidato pierde con el 49%, todos los que sufragaron por él no estarán representados en el poder legislativo. Una consecuencia es que los partidos minoritarios no suelen ocupar un número de bancas acorde con los votos obtenidos.

En un sistema como el nuestro -donde en un distrito se eligen no uno sino varios legisladores de una lista de partido y las bancas se reparten en forma proporcional a los votos recibidos-, un partido con el 10% de los sufragios ganará normalmente una cifra cercana al 10% de los cargos legislativos en juego.

Con el sistema de mayoría relativa lo habitual es que los partidos pequeños accedan a un número muy inferior de escaños, pues no ganarán bancas si no logran el primer puesto en algunas circunscripciones (1). Conscientes de este hecho, no es raro que los simpatizantes de los partidos minoritarios voten por otro candidato que tiene posibilidades reales de ganar (es decir, que elijan "el mal menor".) En muchos casos, sencillamente, optan por la abstención.

El resultado es que el modelo no genera una adecuada representación parlamentaria de las diversas tendencias y opiniones políticas de una sociedad. En general, beneficia a los grandes partidos y tiende a producir sistemas políticos con sólo dos de ellos, como ocurre con los Demócratas y los Republicanos en EEUU. Hay quienes atribuyen la baja proporción de asistencia a los comicios en EEUU al hecho de que muchos ciudadanos no se sienten atraídos por estas dos únicas opciones.

Para algunos, el sistema es también más favorable a la corrupción, ya que los candidatos deben afrontar grandes gastos de campaña para obtener el primer puesto, que es el único modo de acceder a una banca. Por último, los estudios comparativos internacionales muestran que las mujeres tienen menos probabilidades de ser legisladoras en los países con sistemas de mayoría relativa que en aquellos que utilizan la representación proporcional (2).

Las ventajas de la representación proporcional

A raíz de los problemas que presenta el sistema "el ganador se lleva todo", en algunos países, entre ellos EEUU, se han formado grupos de ciudadanos que promueven la adopción de la representación proporcional. Nueva Zelanda que, como Canadá e India, heredó el sistema de mayoría relativa de Gran Bretaña, cambió en 1993 a un sistema de representación proporcional, aunque distinto del nuestro.

La ventaja fundamental de este sistema electoral es que la proporción de bancas que obtiene un partido en el parlamento refleja apropiadamente el porcentaje de votos que ha recibido. Así, el número de sufragios desperdiciados es pequeño.

Hay diversos tipos de representación proporcional. El más importante es el de representación por listas, que se aplica en la Argentina. Cada partido presenta una lista de candidatos y los ciudadanos votan por un partido. Hay diferentes modalidades si las listas partidarias son cerradas o abiertas.

La representación proporcional por listas, con sus distintas variantes, es utilizada por el 32% de los países, entre ellos la mayoría de los que integran Europa Occidental y América Latina. Uno de sus aspectos positivos es que los partidos pequeños, las mujeres y otras minorías se encuentran mejor representados en el parlamento que con el modelo de mayoría relativa. El sistema político gana así en riqueza y diversidad de la representación.

Quienes impulsan la adopción del sistema proporcional en las democracias que hoy utilizan la mayoría relativa destacan del primero que la representación se basa más en los puntos de vista políticos que en la geografía.

"Cuando nuestra república era joven y formada por pequeñas comunidades, apenas conectadas por comunicaciones lentas y medios de transporte primitivos -dice el Center for Voting and Democracy de EEUU-, los intereses de los ciudadanos eran similares a los de sus vecinos. Pero nuestra sociedad es ahora más móvil, multicultural y diversa. Gente que viva en dos casas contiguas puede tener puntos de vista completamente opuestos. Con nuestro distrito uninominal 'el ganador se lleva todo', sólo uno de esos votantes recibirá representación: el que vote por el ganador. La simple representación geográfica no puede asegurar más una aceptable representación política para todos los votantes y todas las perspectivas políticas" (3).

Hay aún otras ventajas. De acuerdo con algunos estudiosos, la experiencia europea muestra que los sistemas de representación proporcional parlamentarios, al producir gobiernos basados en amplias coaliciones, dan lugar a políticas económicas estables y consensuadas que favorecen el desarrollo a largo plazo. Por el contrario, la mayoría relativa suele hacer que se alternen gobiernos de tendencias opuestas que, al aplicar políticas contradictorias, resienten el desarrollo económico.

Isidoro Cheresky: la crisis de representación política
2 de julio de 2002

La movilización ciudadana que se manifestó en diciembre pasado "es sorprendente para los tiempos que corren" y, después de ella, "la vida política argentina ya no será lo que era", afirmó el Dr. Isidoro Cheresky en una conferencia sobre "Crisis de representación política y nueva ciudadanía".

Cheresky expuso el lunes 1 de julio en el Ciclo La Universidad y la Argentina de Hoy, que fue organizado por la Secretaría General y el departamento de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata y auspiciado por Cambio Cultural.

El expositor es Doctor (nouveau régime) de Toulouse le Mirail y Licenciado en Sociología (UBA). Es director del doctorado en Ciencia Política (UB), profesor titular UBA e Investigador del Conicet.

La movilización ciudadana

Cheresky inició la disertación señalando que si bien los temas de la representación política y la ciudadanía son "remanidos", actualmente tienen "una significación aguda". "Desde la movilización ciudadana que se manifestó en diciembre pasado; después de la interrupción del mandato presidencial, de la sucesión de presidentes; en un contexto donde la escena política abre un signo de interrogación, el significado de esos términos ha cambiado".

Respecto al tema de la ciudadanía "hay un gran problema de interpretación. Estamos frente a una gran novedad. La vida política argentina ya no será lo que era y hay ciertas pautas de lo que puede ser en el futuro".

"La crisis de representación -acotó- está ante nuestros ojos. Su manifestación ha sido una movilización ciudadana a espaldas e incluso de hostilidad hacia la representación política, hacia los partidos políticos. Incluso afecta la relación con los sindicatos, la justicia y otras instituciones".

Esta movilización es "sorprendente para los tiempos que corren", pues "sucede a contramano de lo que fueron los rasgos dominantes de nuestra sociedad y las sociedades contemporáneas en general", donde la presencia política está cada vez más limitada al acto de votar. La "autonomización respecto a los partidos" se produce en una sociedad donde "las identidades políticas fueron, durante décadas, muy rígidas".

El Estado y la crisis de autoridad

Para Cheresky "esta independencia ciudadana es la contrapartida de una crisis de las instituciones públicas", de una "crisis de autoridad" que tiene diferentes niveles. Por un lado, se encuentra la crisis de autoridad del Estado que, "entendido como firmante del orden público, ha fracasado".

El primer aspecto es "la capacidad del Estado de poder hacer tributar a los argentinos. El Estado tiene una función que supone ciertos gastos generales y cierta función redistributiva. Pero eso supone que la participación en los gastos comunes sea aceptada". Sin embargo, "en la Argentina no se pagan impuestos. Es una rebeldía frente a los compromisos comunes. No sólo no pagan impuestos los poderosos. No lo hacen los profesionales, los universitarios, es decir, los llamados sectores medios y altos de la sociedad".

El segundo aspecto es "el modo como el Estado distribuye", pues "funciona muy poco sobre la base de criterios universalistas". Así, por ejemplo, "los planes sociales no son universalistas. Para acceder a ellos no debería hacer falta ser amigo de nadie. La ayuda social va acompañada de la opresión política. Quien se beneficia de las políticas sociales adquiere una deuda. Eso es el clientelismo".

Cheresky indicó que "hoy estamos de rodillas por culpa de la deuda y yo no participo de la idea de que somos víctimas de una corporación internacional. Esa deuda se contrajo en los 90 por una crisis de autoridad del Estado, para reproducir ese particular modo de opresión política que es el clientelismo".

"Normalmente -agregó- un Estado democrático es un Estado de derecho. El imperio de la ley supone que hay instituciones que aseguran el orden público y que son confiables. Vivimos en una sociedad que está cerca del estado de naturaleza, que se caracteriza por una guerra de todos contra todos".

Puntualizó que esa situación "ha llevado a una extrema dependencia con el mundo, a una extraordinaria pérdida de soberanía y a extraordinarios límites para la decisión política. Esta crisis de autoridad, la incapacidad de hacer promesas y cumplirlas, son evidentes para cualquier inversionista".

Desagregación política e institucional

Un segundo nivel de la crisis de autoridad se relaciona con el "problema de la autoridad pública y la evolución del sistema político argentino". A partir de diciembre de 1999, el gobierno de la Alianza experimentó una "crisis creciente en la representación política".

Subrayó Cheresky que "el gobierno de De la Rúa tenía una debilidad institucional inicial. Ganó de un modo contundente, con 10 puntos de diferencia sobre su rival y en 22 de los 24 distritos. Pero para los otros cargos, como gobernador, la Alianza ganó en sólo 8 distritos. Eso ya era una gran novedad. Pero De la Rúa llegó al gobierno con las principales provincias en manos de la oposición, con mayoría en Diputados pero no en el Senado".

Aunque lo anterior era "una debilidad inicial", la crisis fue evolucionando "en el sentido de un fraccionamiento del poder". Un punto determinante en los problemas de la coalición de gobierno fue la crisis del Senado por la venta de votos en el tratamiento de la reforma laboral, que condujo a la renuncia del vicepresidente Carlos Álvarez y al "comienzo de la desagregación de la Alianza".

La importancia de estos acontecimientos reside en que "la Alianza tuvo desde el principio una gran dificultad para remontar la crisis económica, pero era depositaria de una gran esperanza en la renovación política, que se derrumbó con la crisis del Senado. La opinión pública estaba convencida de que esa corrupción había existido y el gobierno apareció bloqueando la investigación. De este modo se produjo en la opinión pública una fisura irrecuperable: se comenzó a no esperar nada de ese gobierno".

A partir de ese momento "el Frepaso comenzó a desaparecer como fuerza política. También el radicalismo inició un proceso de desagregación, que continúa. Se llegó a la elección de octubre de 2001 sin candidato oficialista. Todos hacían campaña contra el presidente, incluyendo los candidatos de la Alianza".

También el peronismo experimenta un proceso de desagregación, del que es un ejemplo la tensión entre Carlos Menem y Eduardo Duhalde. Hay además una "desagregación institucional", que se observa en la "autonomización y rebeldía de los gobernadores".

Sin embargo, esa clase política fragmentada "mantenía paradójicamente cierta cooperación política", como en el "modelo de funcionamiento parlamentario conocido como 'sistema Jaroslavsky'", en el que la oposición no bloquea sino que da quórum para la votación de las leyes. Pero este mecanismo "no fue acompañado por la clarificación política. Desde la crisis del Senado la ciudadanía común adquirió la convicción fundada de que estaba frente a una corporación política".

"Yo no creo que exista una corporación política -dijo Cheresky-. Lo que no ha existido, por sobre todo, es la capacidad de restablecer la diferenciación política. Yo creo que esta situación es la que llevó a un extremo malestar de los ciudadanos hacia los políticos".

El tercer nivel de la crisis de autoridad es la "debilidad de la figura presidencial". El gobierno de De la Rúa plantea el problema del "creciente peso de la personalidad sobre el destino institucional". El funcionamiento de la vida pública ha cambiado. "Los partidos tradicionales, de masa, programáticos, ideológicos, que dan una identidad fuerte, entraron en crisis hace bastante tiempo".

La Alianza fue "un movimiento de rechazo completamente heterogéneo", en el que confluyeron dos grandes grupos de votantes: los "sectores perjudicados por el tipo de modernización" que había tenido lugar en los años 90 y a "los descontentos con ese modo de gobierno" caracterizado por "el decisionismo y un equipo de gobierno que no se correspondía con las aspiraciones legítimas de moralidad" de la ciudadanía.

Aunque la Alianza "podría haber pensado en instituir una nueva cultura" política, el candidato presidencial se eligió en un función de otro criterio: el de alguien que "pudiera captar esa heterogeneidad". Un aspecto vinculado es el de la "fragilidad de los liderazgos sustentados en encuestas", a raíz de la naturaleza cambiante de los estados de opinión.

Caceroleros y piqueteros

En este contexto "se ha producido una movilización social inédita. Hemos visto movilizarse a actores que no corresponden con lo que los sociólogos esperaban. Los caceroleros y los piqueteros no corresponden con el paradigma de las clases sociales". Cheresky apuntó que "hay quienes piensan que estos actores son efímeros y serán reemplazados por otros. Yo creo que no son efímeros".

Si bien "esta presencia pública fue inesperada, la sociedad argentina ya había empezado a cambiar mucho, porque se había debilitado la cautividad política. La ilustración era esa presencia tan particular de la fluidez ciudadana que son las encuestas de opinión", el hecho de que los políticos "comenzaran a ligar su rumbo a los resultados de las encuestas".

"Hay todo un debate -añadió- respecto a la movilización de diciembre de 2001 que se ha dado en llamar 'cacerolazo'. Hay quienes la vieron, con mucho escepticismo, como una cuestión de intereses lesionados: los ahorristas. En el otro extremo es vista más como el deseo de participación en la vida cívica y hay una exaltación de las asambleas vecinales".

"Para mí -dijo Cheresky- hay que prestar mucha atención al momento inicial o fundante que es lo sucedido en la noche del 19 de diciembre. Ya en su fenomenología el movimiento es inusual: el ruido de las cacerolas en los balcones, en las calles, la gente que se reunía en los cruces de las calles o se concentraba en las plazas".

"El impacto del cacerolazo fue demoledor. Era un plebiscito, porque transmitió la impresión de que era un movimiento de todos". No era un movimiento sino "un estallido. No invocaba un reclamo o una reivindicación", sino que era una expresión convocada por "un discurso presidencial a espaldas de lo que estaba pasando en el país". Debido a que el presidente había declarado el estado de sitio, "el primer significado de esa movilización era la desobediencia civil".

A pesar de que en los cacerolazos no hubo más de 20 mil ó 15 mil personas, el sonido espontáneo de las cacerolas y su transmisión por televisión tenía un significado de "veto masivo al gobierno", lo que "sale completamente del paradigma tradicional" de las grandes movilizaciones de los partidos tradicionales.

De este modo, "se instala la idea del poder en la calle". Una semana después cae Rodríguez Saá. Si bien el presidente interino perdió el respaldo de los gobernadores, "el detonante de la situación fue el rechazo ciudadano a la conformación del gabinete".

El resultado es "una sociedad que se pronuncia negativamente y cuya fórmula enigmática es 'que se vayan todos'. Esa es la expresión de una profunda crisis de representación. No hay ninguna alternativa al 'que se vayan todos'. Sin embargo, "esta movilización no es contra las instituciones democráticas. Va en el sentido de un reclamo de renovación de la representación política".

El 19 de diciembre hay "un movimiento ilegal", pero que no tuvo un significado "anticonstitucional" o "antidemocrático". La intervención ciudadana "tuvo un sentido de regulación política", al desbloquear una "situación de parálisis" presidencial y dar lugar a la reunión de la Asamblea Legislativa.

A partir de ese momento se abre una crisis continua y "la situación sería aún más grave si no estuviera esa presencia ciudadana reguladora que supone un cuestionamiento a la representación política". Actualmente "nadie supone que se pueda volver al pasado. Se terminó la movilización de las cacerolas y las asambleas están en semirreceso, pero hay la idea de una ciudadanía en alerta. Lo que se discute entre los políticos nuevos, los viejos y los que quieren emerger es cómo reconstituir la representación política".

El proceso cuenta con "potencialidades variadas". Una posibilidad es que esta nueva movilización lleve a "una reconstitución de la sociedad civil, una mayor presencia permanente de los ciudadanos". Habermas muestra cómo "la presencia ciudadana no sustituye a las instituciones pero tiene una función de influencia".

Sin embargo, "si uno no quiere cerrar los ojos debe ver también que esa movilización encierra la posibilidad de una derivación en otras direcciones". Así, "con la experiencia muy importante de las asambleas barriales apareció también la dificultad" del proceso, "la tentación de la acción directa" como los "escraches", que pueden conducir a los enfrentamientos civiles. Indica "un peligro, que es el de una activación social muy vasta pero que no se ve acompañada de propuestas" y que tiene, como una posible derivación, la "búsqueda de chivos expiatorios".

Otro nivel de movilización es el vinculado con la exclusión social y la pobreza. Para Cheresky, "los excluidos, los desocupados, no son básicamente un actor", pues "lo que crea la exclusión es la ruptura de los lazos de pertenencia", que conduce al individualismo. Sin embargo, ambos "pueden tener una forma de presencia pública cristalizándose colectivamente en la protesta".

"El recurso de la huelga -explicó- es el de parar un recurso productivo. En el excluido el recurso es el bloqueo, el corte de ruta". Pero los desocupados no se organizan, sino que hay "grupos de representación virtual". Cuando 500 personas cortan un puente, "su fuerza es esa virtualidad de estar expresando una realidad que es reconocida socialmente como la injusticia de la exclusión. Además, los desocupados que se transforman en piqueteros lo hacen fundamentalmente por intervención de sectores externos, como la CTA.

El hecho de que la mitad de la población argentina se encuentre por debajo de la línea de pobreza habla de "los límites extraordinarios que aparecen para la vida política. Estar bajo el imperativo de la necesidad no lleva a la política sino a la desesperación" y, si bien algunos se organizan políticamente, "esa representación es inestable", pues otro día las mismas personas están en un saqueo.

Según Cheresky "el futuro político y general de la Argentina es dudoso", pues sería necesaria "la constitución de liderazgos políticos nuevos o viejos" y "la recuperación de un marco de soberanía que haga posible el ejercicio de la decisión política". Actualmente "nuestras posibilidades electivas son mínimas y ello será así por bastante tiempo", aunque "no creo que haya que sobreactuar la dependencia ni romper con el mundo".

Por último, Cheresky destacó que "la movilización ciudadana encierra un significado no diría optimista, pero sí de alentar la renovación política".